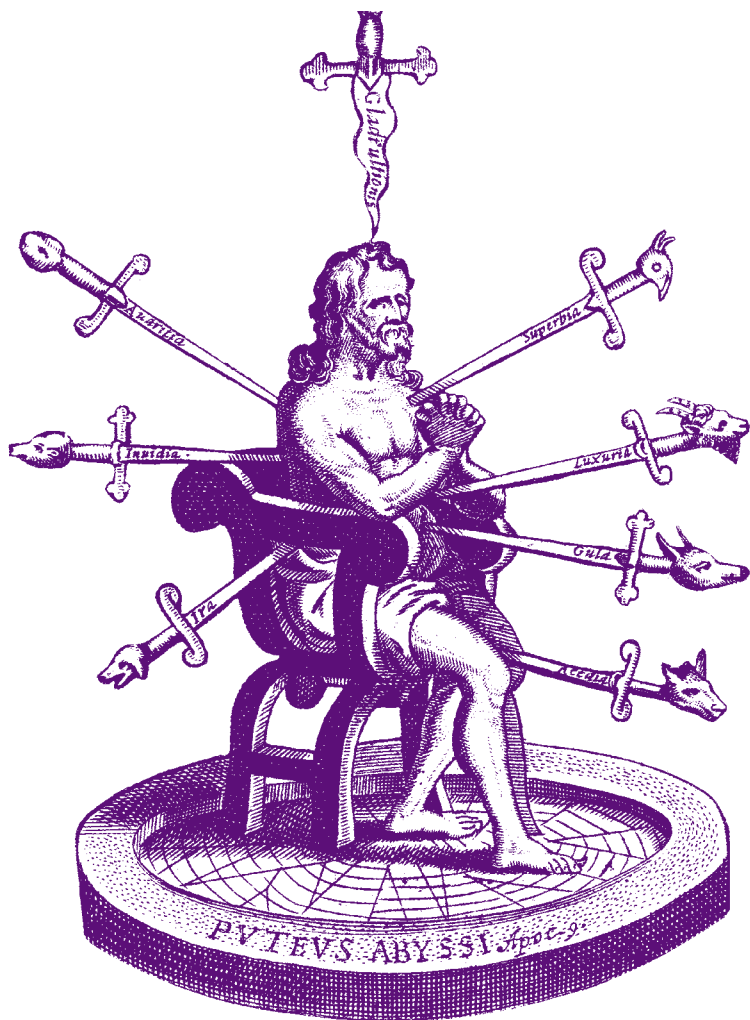


REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE N° 21 - 2003



IGLESIA Y RELIGIOSIDAD

Revista patrocinada por



CAM

Revista de Historia Moderna es una publicación científica de periodicidad anual donde pueden encontrarse aportaciones originales sobre investigación histórica relativa al área de Historia Moderna en castellano y dirigida tanto a especialistas como a estudiosos del tema.

Revista de Historia Moderna aparece recogida en la base de datos ISOC (CINDOC).

La presente publicación ha sido realizada en el marco de los proyectos de investigación concedidos por el Ministerio de Ciencia y Tecnología a este Departamento de Historia Moderna (Nº de referencia de los proyectos BHA2002-03416 y BHA2002-01551)

Preimpresión



Impresión: INGRA Impresores

ISSN: 0212-5862

Depósito Legal: A-81-1982

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición
impresa de la obra.**

Edición electrónica:



REVISTA DE HISTORIA MODERNA
ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE Nº 21

(Revista fundada por Antonio Mestre Sanchis)

CONSEJO ASESOR

Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ. Real Academia de la Historia (†)
Gerard DUFOUR. Universidad Aix-en-Provence
Teófanos EGIDO. Universidad de Valladolid
Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO. Autónoma de Madrid
Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ. Real Academia de Historia
Enrique MARTÍNEZ RUIZ. Complutense de Madrid
Carlos MARTÍNEZ SHAW. Univ. Nacional de Educación a Distancia
Pere MOLAS RIBALTA. Universidad de Barcelona
Joseph PÉREZ. Univ. Boudeaux III
Bernard VINCENT. CNRS

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ
Secretario: Jesús PRADELLS NADAL
Vocales: Armando ALBEROLA ROMÁ
Francisco ARANDA PÉREZ
David BERNABÉ GIL
María José BONO GUARDIOLA
Inmaculada FERNÁNDEZ DE ARRILLAGA
Francisco FERNÁNDEZ IZQUIERDO
María del Carmen IRLES VICENTE
Mario MARTÍNEZ GOMIS
Cayetano MAS GALVAÑ
Primitivo PLA ALBEROLA
Juan RICO JIMÉNEZ
Emilio SOLER PASCUAL

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

La Revista de Historia Moderna dedicará el monográfico correspondiente al año 2004 al tema Ejércitos en la Edad Moderna, coordinado por los Drs. Martínez Ruiz y Giménez López.

Aquellos miembros de la Fundación Española de Historia Moderna que deseen participar deberán enviar sus originales al Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Alicante antes del 30 de diciembre de 2003.

Encontrándose en prensa el presente número de la Revista de Historia Moderna se ha producido el fallecimiento del profesor Antonio Domínguez Ortiz, miembro del Consejo Asesor, pero ante todo maestro y amigo. Ante pérdida tan irreparable el Consejo de Dirección desea manifestar su solidaridad con los miembros de su familia y rendir tributo a su fecunda labor como historiador y a su probada bonhomía. Descanse en paz.

Revista de Historia Moderna
Anales de la Universidad de Alicante nº 21 - 2003

VARIA

Diego Tellez Alarcia*
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

Índice

Portada

Créditos

Diego Tellez Alarcia

La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall	7
Resumen	7
Abstract	8
1. Imagen, opinión pública y medios de comunicación: la realidad de la filiación	8
2. En los albores del reinado: 1746-49.....	17
3. La filiación al descubierto: 1754	24
4. La trayectoria vital de D. Ricardo Wall	27
5. ¿Wall, francófilo?.....	30
5. ¿Wall, anglófilo?.....	41
Notas	72

La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

Filias y fobias políticas durante el reinado de Fernando VI (nota 1)

Resumen

El tópico de las filias y las fobias políticas ha oscurecido, a lo largo de dos siglos el reinado de Fernando VI. Lo ha hecho, principalmente, con las figuras de sus gobiernos, desde D. José de Carvajal y Lancaster, ministro de Estado hasta 1754, tachado de anglófilo, hasta su francófilo antagonista, el Marqués de la Ensenada. En una Europa dominada por un sistema bipolar y una continua «guerra fría» entre Francia e Inglaterra, que estallaría en 1756 con la Guerra de los Siete Años, España y sus políticos fueron disputados alternativamente por una u otra. Particularmente cierto en el caso de D. Ricardo Wall y Devreux, su ejemplo sirve de paradigma para el estudio de la vigencia y de la importancia de estas etiquetas así como para hacer un repaso de cuál fue su verdadero significado y su origen. Patriotismo, objetivos políticos y luchas de poder entre facciones se esconden detrás de éstas.

Abstract

The topic of politic filiation has eclipsed in the last two centuries the period of Ferdinand's kingdom. It is particularly true in the case of the main spanish ministers, D. José de Carvajal y Lancáster, State Minister until 1754, and Cenón de Somodevilla, the Marquis of Ensenada. The fight for hegemony between France and England had a great influence in other european countries, above all since 1756, when began the Seven Years War. Spanish alliance was very disputed, as austrian or prusian one. Ministers'will was also. Certainly, this is the case of Richard Wall Devreaux, State Minister between 1754 and 1763. His example show us the importance, the real significance and the origin of these labels. Patriotism, politcs objects and fights for politic power between parties are behind.

1. Imagen, opinión pública y medios de comunicación: la realidad de la filiación

Las pasiones que desataron en Europa los sucesivos conflictos por la hegemonía entre las dos grandes potencias del momento, Francia y Gran Bretaña, arrastraron consigo la imagen pública de notables políticos como D. Ricardo Wall. Debemos, con todo, distinguir con claridad la frontera que hay entre una hipotética existencia real de dichos sentimientos filiatorios y su empleo por determinadas personas o facciones, como arma política e instrumento de presión de cara a la opinión pública: «los diplomáticos sabían

bien de esas pasiones, que hoy los historiadores parecen olvidar (...) El poder, que podía llegar a ser omnímodo (...) y el pragmatismo, más en la política internacional –es decir, la adaptación a las coyunturas– estaban por encima de todo y no sólo en el caso de Ensenada» (nota 2). Es decir, la anglofilia o la francofilia no trascendieron, en el mejor de los casos, el papel «de etiquetas cómodas, pero cuya fragilidad queda al descubierto con un examen atento de los hechos. Si Carvajal asignaba a la larga un lugar privilegiado a Inglaterra en su sistema, era antes que nada porque veía en ello, con razón o sin ella, el interés de España» (nota 3).

La experiencia política de los diferentes ministros les permitía ofrecer, en sus estrategias, un leve protagonismo a una u otra potencia, en función de sus conocimientos, sus expectativas o, simplemente, las coyunturas internacionales que se sucediesen. Pero siempre prevalecen criterios de tipo político, jamás de índole personal. Es innegable que el sistema «bipolar» era más fuerte que nunca en pleno reinado de Fernando VI, y aún habría de fortalecerse en el de Carlos III (nota 4). La toma de posiciones dentro del mismo no fue influenciada, en el caso de D. Ricardo Wall, por lealtades filiatorias o personales. Tampoco en el del resto de políticos españoles. Aranda tenía una visión sui generis de este sistema:

«Yo siempre he creído, que nuestros mayores enemigos eran los ingleses, y nuestros peores amigos los franceses; entre ruin ganado poco hay que escoger; pero al mal amigo se le juega de diestro, y campi qui puga, como decían los miguelletes en campaña, estocada por cornada; y aprire l`ochio coldito in su; trampa delante; donde las dan las toman; y en fin los intereses recíprocos tienen conexión en el día. El mayor enemigo que lo es por su genialidad, y por los fines particulares; es irreconciable, e insaciable hasta la ultima gota de sangre que puede chupar» **(nota 5)**.

La filiación, entendida desde este punto de vista, queda vacía de contenido. ¿Significa ésto que la atribución de preferencias por una u otra nación no tuvo importancia durante el reinado de Fernando VI? En absoluto. Lo que sucede es que esa atribución es artificial, falsa en muchos casos o simplemente exagerada en otros. Sin embargo, el fenómeno de las filiaciones debe centrar nuestro interés en otros aspectos, sobre todo en su empleo como arma política. Keene lo indicaba con suma claridad en la crítica coyuntura de 1754: «(Huéscar y Wall) deben usar mucha prudencia para no dar motivo a la maledicencia de tantos enemigos perspicaces y dispuestos a divulgar todo lo que pudiera estorbar para el logro de sus planes» **(nota 6)**. Aranda hubiera cambiado «todos los oro-

peles por un rincón del que no hallasen las lenguas cómo sacarme» (nota 7).

Lo que ciertamente nos demuestra el caso de D. Ricardo Wall es hasta qué punto resultó más importante, en la corte de Fernando VI, esa «maledicencia», es decir, la manipulación de la opinión pública (nota 8). Wall, con sus virtudes y defectos, se comportó con fidelidad en todos los puestos de responsabilidad que desempeñó. A pesar de que en su etapa como diplomático cultivó la amistad de algunos políticos ingleses, a pesar de que dentro de su sistema, Inglaterra ocupaba un lugar privilegiado para el mantenimiento del status quo, etc. Wall no pecó de deslealtad hacia su señor. Sin embargo la sombra de la duda esparcida por sus rivales políticos, perpetuada por una historiografía desinteresada en su pensamiento político, ha llegado a falsear su figura hasta convertirla en algo que no fue.

En los políticos del siglo XVIII, la formación, la ideología o la preparación quedaba en ocasiones eclipsada por esa reputación. Resulta extremadamente llamativo que una simple etiqueta, vacía de contenido real, se convirtiese en un arma tan eficaz a la hora de condicionar la política del gobierno y su capacidad en la toma de decisiones. Luchar contra ella era como hacerlo «con el aire o con espectros» dice Keene (nota 9). Era el

inevitable precio de vivir en la periferia del poder, en donde el prestigio individual se convertía en la savia que daba sustento a los ministros, y que intentaba ser succionada por las facciones opositoras. La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall debe ser entendida en este sentido. Tan sólo como una máscara o un rumor. Pero la máscara que le pudo granjear los apoyos necesarios para promocionar políticamente, o el rumor vertido intencionadamente con claros fines manipulatorios y de oposición al régimen: los «discursos que se leen y se oyen aquí, forjados a voluntad por cierto género de gentes, que, por un efecto de sus caprichos, o de sus pasiones, llegan a tener por verdad lo mismo que ellos han inventado y mentido» **(nota 10)**.

En la intensa vida cortesana del Madrid dieciochesco era lícito cualquier método para obtener el poder. Wall había conocido las principales cortes europeas desde Moscú hasta Versalles, pasando por Viena, Londres, Berlín o Dresde y era consciente de ello **(nota 11)**. Luchar contra la mentira no era sencillo («Me conformo con el consejo que V.E. me da (...) de reírme y despreciar las maliciosas falsas voces que se esparcen» **(nota 12)**). El control de los escasos y primitivos medios de comunicación existentes era una de las vías posibles para sanear una imagen dañada por las calumnias.

El irlandés conocía desde antaño la capacidad de estos a la hora de indisponer a la población contra un gobierno:

«(...) los papeles y gacetas públicas están diariamente llenas de quejas contra nosotros por las capturas que hacen nuestros guardacostas a que dan aquí el nombre de piraterías, lo que encendiendo poco a poco a la nación, no puede el ministro dejar de darse por entendido so pena de exponerse a los mayores riesgos» **(nota 13)**.

No era el primero en percatarse de ello. Ensenada había pagado por su prestigio: en concreto 50 doblones a un personaje que publicaba la Gaceta de Berna para que hablase bien de su persona y de la corte **(nota 14)**. Aranda por su parte también percibía la influencia de las gacetas:

«Me parece que una gaceta debe limitarse a dar las noticias y no le corresponde el caracterizar ni acusar a las naciones con ofensa. No deja de imprimir, en muchos que las leen, muy fatal efecto tocante al concepto de la nación, la cual, con tanto librito francés de Memoires de Madame N., de Voiages, de Geographie, está bastante agraviada injustamente. No fuera malo hacer desdecirse al gacetero y dar algún paso con los estados generales para que le manden contenerse en lo que no corresponde ya a la clase de noticias» **(nota 15)**.

La cautela de Wall, que al fin y al cabo le procuró la supervivencia en una época tumultuosa (que incluiría la Guerra de los Siete Años, la enfermedad y muerte de Fernando VI y la sucesión de Carlos III), estaba justificada. Dentro de esta actitud prudente se encontraría su rudimentario intento de atemperar el factor de la opinión pública, bastante predisuesta contra él, a través de un programa planificado de control de las gacetas. Ya antes de su llegada al poder, el gobierno «subvenciona y controla» algunas publicaciones para «dar comunicados oficiales, anunciar leyes, narrar el desarrollo de los conflictos internacionales e influir así en la opinión pública, esto último hecho de una manera todavía muy genérica y sin la sutilidad de la manipulación y desinformación que alcanzan los medios modernos de comunicación (...) esos papeles preparan el estado de ánimo de la nación para entrar en guerras o predisponer a aceptar condiciones de paz y a obedecer medidas administrativas» (nota 16).

Wall fue uno de los máximos impulsores de esa tendencia. Se sirvió de la censura de contenidos, de la incorporación sistemática a la corona de los privilegios de impresión de las principales publicaciones de la corte, de la creación o del cierre de otras e incluso del secuestro de tiradas. Así, por ejemplo, la Gaceta de Madrid contará con un oficial de la secretaría de

Estado que tendrá que otorgar el «imprímase», desde 1758 **(nota 17)**. En 1761, se producirá la absorción definitiva **(nota 18)**. El Mercurio Histórico Político ya había sido anexionado en 1756 tras el pánico que difundió entre los lectores al publicar noticias falsas sobre el terremoto de Lisboa **(nota 19)**. Frente al Pensador, publicación que contó con el apoyo del gobierno de Wall **(nota 20)** habrá otras como los Discursos mercuriales, que serán suspendidas para salvaguardar la imagen de la política exterior hispana **(nota 21)**. Ese mismo año ordenará secuestrar la tirada del pronóstico El Piscator complutense y primer teólogo astrólogo, de Francisco Solem (seudónimo de Francisco Martínez Moles Valdemoros) por dañar la imagen de su gobierno al burlarse de sus componentes: «un capellán, un letrado y un arbitrista» **(nota 22)**.

Es irónico que, a pesar de estas tentativas, e incluso debido a ellas, la historiografía se afirme en su acusación de anglofilia, al emplear como modelo para su Pensador, el Spectator inglés **(nota 23)**. De poco le servirían, por tanto, al irlandés los esfuerzos, dada la potencia de la producción clandestina de pasquines, libelos y, sobre todo, rumores «boca a boca» en los mentideros de la corte **(nota 24)**. Rumores que llegaron a paralizar a todo un ministro, acusaciones que han oscurecido su legado.

Bien sospechaba Carvajal a comienzos de reinado el auténtico significado de las filiaciones políticas en la España de Fernando VI y sus consecuencias:

«Yo sé muy bien el terreno que piso. Los méritos de la mayor clase y duración se olvidarán al más leve soplo de un chisme y la sindicación menos fundada será creída y esculpida en láminas de bronce en el alcázar de la más tenaz memoria. ¡Mira qué disposición!» **(nota 25)**.

Nada más cierto en el caso del irlandés. Es nuestro objetivo analizar la vigencia de este tópico de las filias y fobias políticas, su realidad y la importancia que tuvo para los principales protagonistas del escenario político durante el reinado de Fernando VI. El sujeto de experimentación en el que centraremos nuestro estudio es D. Ricardo Wall, secretario de Estado desde 1754, tópicamente tachado de anglófilo, y máximo dirigente de la política exterior hispana durante la llamada Guerra de los Siete Años, que enfrentó entre 1756 y 1763 a Inglaterra y Francia. ¿En qué consistió exactamente la anglofilia de una de las figuras más controvertidas y más desconocidas de nuestra historia moderna? ¿Fueron importantes las filias y fobias políticas en nuestros ministros durante el reinado de Fernando VI y, por lo tanto, durante el s. XVIII?

2. En los albores del reinado: 1746-49

Cuando, en 1746, Felipe V fallecía tras casi medio siglo de gobierno, España se encontraba, una vez más, combatiendo en los campos de batalla italianos que durante siglos habían estado bajo influencia española y que, en ese momento, eran ansiados por los monarcas, no tanto para recuperar reputación y poder, como para conseguir establecimientos territoriales dignos para su dilatada regia stirpe. Desde 1743, tras la firma del Segundo Pacto de Familia, los destinos hispanos corrían paralelos, al menos en lo teórico, a los de sus vecinos galos. La dispar suerte de la guerra había hecho más por profundizar en la desconfianza que por limar las asperezas que habitualmente surgían entre las fuerzas combinadas de las naciones aliadas. Desconfianza que pronto se abrió paso entre los despachos de ambas cortes. Desconfianza que se transformó en desengaño absoluto tras la que fue sentida en España como auténtica traición francesa en Aquisgrán, al firmar la paz con Inglaterra sin el acuerdo de su principal aliada **(nota 26)**.

Las coordenadas manejadas por los diferentes ministros europeos fueron cambiando tras el óbito del primer Borbón rey de España. La paz se había convertido en un objetivo per se, abandonando el discreto papel de instrumento que

había jugado en décadas anteriores ([nota 27](#)). La corona había sido ceñida por nuevas sienes, y también el poder fue delegado en nuevos hombres. Una especie de «revolución», al inicio del reinado, que se extendió a lo largo de todo 1747, liderada por Carvajal, secundado pronto éste por Huéscar y Ensenada, alcanzaría su efervescencia máxima con la firma de la paz y la inauguración de una nueva etapa, que se anclaría profundamente en los sentimientos más íntimos del monarca –el «Rey Pacífico»– y por tanto, en el ansia de una paz duradera y en la búsqueda de una independencia real de las cortes más poderosas del continente. Ese nuevo ideario, el «espíritu del 49», engendrado y alumbrado por una nueva generación de políticos, se mantendría durante una década a pesar de los cambios de coyuntura y de las supuestas preferencias íntimas de los ministros. Carvajal, Ensenada, Wall, Grimaldi... desde 1746 hasta 1776, durante tres décadas, los principales artífices de aquel cambio en la mentalidad política de la monarquía mantuvieron en sus manos el timón de la nave con pulso firme y anticiparon a la gran generación que les sucedería: Aranda, Campomanes y Floridablanca ([nota 28](#)).

Sin embargo, los nuevos cuadros directores de la monarquía no se libraron de la rémora de la filiación. El sistema de Carvajal, que pronto dio sus primeros frutos con la firma del Tra-

tado de Madrid (1750) –la liquidación del espinoso asunto del Navío de Permiso y del Asiento de Negros–, fue tachado de anglófilo por el mero hecho de desvincularse de la malograda alianza francesa (**nota 29**). Ensenada era catalogado, por oposición, de francófilo. Los dos magnates de la corte eran distribuidos de esta manera dentro del juego de influencias e intrigas que se auspiciaba desde Londres y Versalles a través de sus intermediarios en Madrid, sus embajadores. Este sistema «bipolar» al que parecía sometida toda Europa se transplantaba así, a menor escala, a la corte hispana, en el antagonismo entre los dos ministros. Sus diferentes caracteres y la fulgurante reacción de las hechuras de Carvajal, Wall y Huéscar (también tachados artificialmente como filo-británicos) (**nota 30**), tras su muerte, logrando la exoneración del «afrancesado» Ensenada, parecían contribuir inexorablemente al argumento. La corte de Fernando VI apenas quedaba reducida de este modo a tablero de ajedrez secundario en el que Luis XV y Jorge II entretenían sus ratos de ocio, gracias a las ambiciones de unos ministros de dudoso patriotismo, manejados por intereses extranjeros.

Nada más lejos de la realidad. Si se examina con detenimiento el pensamiento político de Carvajal, se deduce inmediatamente que la anglofilia del ministro se reduce a su experien-

cia personal de la política internacional. Lo mismo ocurre con el marqués: «De Carvajal se ha destacado siempre su anglofobia como leit motiv; incluso se ha llegado a esgrimir el argumento de su sangre inglesa por línea materna; de Ensenada ha trascendido el estereotipo contrario: el del afrancesado *avant la lettre*. (...) (ambos) estaban dispuestos a cambiar las alianzas en el exterior en cuanto se viera la posibilidad de obtener un éxito político» (nota 31). La coyuntura exterior permitía que, aunque aparentemente el gobierno español diese una imagen dual, en realidad estuviese perfectamente compenetrado y equilibrado. Era el «disimulo» tantas veces deseado por Ensenada, el disfraz que también puede percibirse en muchas de las palabras de Carvajal (nota 32) o de Huéscar:

«Es preciso remediar estos daños no en un día, porque la obra consta de muchas cosas muy bastas, sino poco a poco y con mucha sagacidad y cautela por no despertar a este ministerio que impedirá nuestras ventajas a toda costa como que nada les importa más. Mientras se logra nuestra intención y mientras se emplean los medios para facilitarla, es menester afectar no sólo una total ignorancia y amistad muy grande con este país, sino que debemos sufrir sus vejaciones, procurando librarnos de su daño con la más cautelosa complacencia y

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

valiéndonos de representaciones sólidas sin el menor viso de amenaza para adormecerlos más y más» **(nota 33)**.

Mientras las dos grandes potencias creyesen tener un paladín de sus intereses en uno de los dos ministros, la calma serviría para que el programa de reformas del marqués avanzase imparable, posibilitado por la neutralidad a ultranza defendida por Carvajal: «A partir de 1747, el gobierno parece tener una imagen bifronte: Carvajal y Ensenada. Y una doble etiqueta: Carvajal, anglófilo y Ensenada, francófilo. Pero, lo que hay en realidad es mucho aprendizaje político previo, prudencia y una excelente coyuntura» **(nota 34)**. Eran el complemento perfecto y tan sólo la muerte del extremeño deshizo la simbiosis y permitió el desajuste.

Pragmatismo. Esa era la verdad de las inclinaciones de ambos políticos. Carvajal creía que era necesario el diálogo con Inglaterra para que Francia no considerase a España como un departamento más de su territorio. Pero tampoco se entregaba inconscientemente a los envenenados brazos de la «pérfida» Albión, manteniendo siempre unas relaciones correctas con los representantes franceses. Incluso, en 1752, rechazaría abiertamente un proyecto de alianza del duque de Newcastle, ministro inglés, que incluía a Inglaterra, Austria, Holanda y España:

«Pero no me ruborizo de confesar y usted no ignora, mi poco poder y los obstáculos que sufrirá un arreglo de esta especie; y diré también con franqueza, que habiendo reciente y positivamente desechado las proposiciones de la Francia, me veo en la necesidad de obrar del mismo modo por algún tiempo con la Inglaterra y sus aliados» **(nota 35)**.

Tampoco permitiría que Gran Bretaña se inmiscuyese en las negociaciones que dirigía a fin de firmar el Tratado de Aranjuez con Austria, asegurando el status quo italiano:

«A fe que aunque amarga han tragado la píldora con mucha conformidad sin que V. E. haya perdido nada del concepto en que le tienen de querer continuar con la más estrecha correspondencia con la Inglaterra» **(nota 36)**.

Pruebas más que suficientes de independencia con respecto a los intereses británicos. Pero aún más contundente es la sintomatología de Ensenada a este respecto: «que le llevaría a entregarse bien a los intereses ingleses o a los franceses, a cualesquiera que pudieran servir mejor a su propósito de alcanzar el poder» **(nota 37)**. En sus propias palabras, «con la Francia no urge otro paso que el de la disimulación» **(nota 38)**. Sus principales hechuras estaban en la misma línea:

«Puyzieulx y todos afectarán una parcialidad sin igual a España, pero no son de guardar todas sus fiestas. Obras

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

son amores y estas no se han visto: antes al contrario: traslado a la ultima paz en que Puyzieulx se ha negado a mejorar nuestra suerte en la del infante y otros puntos. Latet anguis in herba» (nota 39).

Las prioridades siempre fueron las mismas: «para mí es indiferente que corra o no corra la prohibición de las obras de Noris, pues busco dinero y fuerzas de mar y tierra y no teologías» (nota 40).

Filias y fobias significan en estos dos personajes cómodas etiquetas que en el fondo esconden objetivos similares, sobre todo el restablecimiento del reino y el engrandecimiento del rey, en poder y prestigio, frente al resto de Europa. En ningún caso puede dudarse de la lealtad a esos principios, en aras del interés de las potencias extranjeras. La preferencia por una u otra queda reducida, en estas circunstancias, al necesario narcótico, sabiamente administrado por estos ministros, que adormeciera las conciencias de las dos grandes potencias, asegurándoles su parcela de influencia y desviando su atención de la verdadera realidad del nuevo equipo de gobierno: su programa de recuperación nacional. Un ornato esencial en sus respectivos sistemas que, además, por encima de diferencias de carácter y ejecución, supieron comple-

mentarse fructificando con una fertilidad desconocida hasta entonces en la política española.

3. La filiación al descubierto: 1754

La crisis de 1754 supuso la ruptura del equilibrio, primero con la muerte del «anglófilo», sustituido por otro, Wall, luego con la exoneración del «francófilo». Ese desequilibrio, que haría pensar en una alianza con Inglaterra, era ficticio. Si Carvajal y Ensenada habían tenido que convivir diariamente con la acusación directa o velada de favorecer a una potencia determinada, D. Ricardo Wall, un irlandés nacido en Francia y al servicio de España, vivió un ministerio obsesionado por la duda, sembrada por sus enemigos, acerca de su fidelidad a los intereses del rey: «(...) las amistades que había hecho allí (en Inglaterra), el conocimiento que presumía tener de los medios gubernamentales, le habían unido a la causa de la colaboración anglo-española tan querida por Carvajal. En este sentido Wall era el mejor continuador posible, y sin duda hubiera tratado de ir más lejos y más deprisa que su antecesor, si no le hubiera incomodado su origen extranjero: nunca dejó de temer que se le acusara de parcialidad con Gran Bretaña, en detrimento de los intereses de España» (nota 41).

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

Esta es la opinión general de los autores. Pero su caso, como se verá, no carece de la paradoja con que la historia trata a algunos de sus protagonistas. Porque aunque Wall ha sido tratado por la gran mayoría de los historiadores, siguiendo a sus contemporáneos, como un anglófilo convencido, sin embargo el mayor problema en los inicios de su carrera diplomática, precisamente en Londres, fue la sospecha unánime entre los políticos de la isla de que el agente enviado por España era francófilo probado en el mejor de los casos, un auténtico espía de Versalles en el peor:

«El Duque de Bedford , nuevo secretario de Estado (...) dijo el otro día que Mr. Wall no era otra cosa que un buen espion de la Francia y un buen agente» **(nota 42)**.

Así es que, en menos de siete años, había cambiado, supuestamente, de preferencia, en lo que sin duda simulaba un auténtico ejercicio de pragmatismo político, por no decir doblez, que, evidentemente, vaciaba, el ya de por sí escaso, contenido de una etiqueta filiatoria, de la que el irlandés, sin demasiados remordimientos, parecía haberse desprendido como de una segunda piel. Sin embargo las cosas no fueron tan sencillas, y ni Wall fue francófilo, ni su presunta anglofilia lo convirtió en dócil marioneta manipulada desde las orillas

del Támesis, ni la etiquetación a la que fue sometido resultó tan inocua como podamos creer.

Los intereses apostados en la complicada coyuntura de 1754 incluían por supuesto los de las dos grandes potencias del momento, además de otros muchos, por lo que resultó inevitable la simplificación del juego en los dos tradicionales bandos: un partido francés y otro inglés, que se disputaban, en el paréntesis abierto tras Aquisgrán, la alianza hispana en la antesala de la Guerra de los Siete Años. Esto era así máxime cuando Wall sustituía a Carvajal y a Huéscar (tradicionalmente tachados de anglófilos por la opinión pública), intimaba con Keene (embajador inglés) y acababa organizando el destierro de Ensenada (supuestamente francófilo). La incompleta victoria de los «Tres del Conjuero» (**nota 43**), abría un largo periodo de enfrentamiento entre los nuevos magnates y los partidarios del marqués, cuya principal arma contra el nuevo hombre fuerte del gobierno, Wall, iba a ser, precisamente, la lenta e imparable erosión de su prestigio, aprovechando la filiación como estandarte frente a la opinión pública y frente al rey. A partir de 1754, Wall tendría dos miedos que condicionarían su gobierno durante el resto del reinado de Fernando VI: el miedo a la resurrección del ensenadismo y el miedo a sí mismo, a su propia reputación, fuera cierta o no.

4. La trayectoria vital de D. Ricardo Wall

Para acercarnos a la ideología del ministro debemos recorrer previamente los principales hitos vitales que marcaron su azarosa vida. Nacido en Nantes, un 5 de noviembre de 1694, sus primeros años se vieron marcados por el hecho de pertenecer a una familia de exiliados jacobitas (**nota 44**). Desarraigado de un modo brutal, nunca renegó de su origen irlandés aunque, conforme la experiencia fue esculpiendo su carácter, abandonó odios viscerales y cultivó un carácter pragmático que le permitió sobrevivir a casi tres décadas de servicios en el ejército, a otra como diplomático y a otra más como ministro.

Algunos autores atribuyen erróneamente el inicio su carrera militar al ejército francés que, al mando del duque de Vendôme, su protector (**nota 45**) invadió la Península Ibérica en 1710 para apoyar la causa de Felipe V (**nota 46**). Sin embargo, el contacto con el que sería su país de adopción comenzó realmente a partir de 1716, cuando pasó al servicio de la monarquía española por recomendación de la viuda del duque, muerto en 1712, circunstancia ésta que tal vez impidió que Wall hubiera establecido su residencia definitiva en el país galo (**nota 47**).

Primero guardiamarina, luego alférez de infantería y finalmente oficial de dragones, combatió en todos los conflictos en los que se vio envuelto Felipe V, desde la invasión de Sicilia (1718-20), pasando por el sitio de Ceuta (1720-21), la Guerra de Sucesión Polaca (1734-35) y la Guerra de Sucesión Austríaca (1743-47). No se caracterizó, en estas fechas, por tener demasiados remilgos a la hora de combatir contra los ingleses y sus aliados, ya que lo hizo de forma repetida y, según sus superiores, demostrando siempre un arrojo ejemplar (**nota 48**). Es más, la primera referencia que tenemos a sus posibles inclinaciones políticas no nos lo muestra nada adicto a Inglaterra: en la década de los 30, Wall, según Coxe, «lisonjeó con la pasión dominante en la corte» (**nota 49**), es decir, con la anglofobia coyuntural que prologaría la Guerra de la Oreja de Jenkins.

Su formación castrense se había visto enriquecida notablemente con otro tipo de experiencias y no gracias a una posible anglofilia. Todo lo contrario. Fue su ascendencia jacobita la que le franqueó las puertas a una de las misiones más apasionantes del servicio diplomático español en la primera mitad del siglo: el viaje del duque de Liria a Rusia (**nota 50**). Wall, capitán de dragones en esas fechas, acompañaría al famoso nieto de Jacobo II en su periplo, demostrando una

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

capacidad de supervivencia, tanto en lo físico como en lo político, que apuntaba alto. Tenía además su primer contacto con el mundo cortesano en algunas de las capitales más representativas del continente: Parma, Viena, Dresde, Berlín, San Petersburgo y Moscú. Las tres más importantes llegarían con el tiempo.

Un Wall mucho más maduro y cosmopolita regresaba en 1729 a España. Un hombre que había servido y serviría a las armas españolas con celo y que no había derramado pocas veces su sangre frente a las balas y a las bayonetas inglesas. No parece el sustrato mejor abonado para hacer brotar simpatías probritánicas en el futuro. Con todo, nuevas guerras y nuevas vivencias se sucederían. La expedición a Toscana (1732-1734), la Guerra de Nápoles (1734-35) y la Guerra de Lombardía (1742-47). Su personalidad evolucionaría, dotada de una especial capacidad para la comunicación y agudizado su instintivo pragmatismo, facultades básicas para el éxito en la carrera política. También fundamentales para procurarse los patrocinadores que auspiciasen dicha carrera. En el caso del irlandés se irían sucediendo Liria, Montemar, Patiño, Huéscar y Carvajal en ese papel de protectores. Finalmente, Wall sería quien tutelaría a nuevos talentos como habían hecho durante décadas con él. Con ellos formaría una

heterogénea cábala propia en la que tendrían cabida militares, nobles, manteístas y otros descendientes de la diáspora jacobita, personajes estos últimos de dudosa propensión a la anglofilia ([nota 51](#)).

5. ¿Wall, francófilo?

Pero antes de llegar al ministerio, D. Ricardo Wall realizó un meteórico recorrido como diplomático, comenzado al finalizar el reinado de Felipe V. Ya hemos mencionado los cambios relacionados con la llegada de Fernando VI al trono, tanto en las prioridades políticas que se impusieron como en los hombres que las gestionaron. Wall pasó a formar parte de ese privilegiado grupo de personas en la primavera de 1747, por iniciativa del duque de Huéscar, un amigo íntimo al que había conocido en los campos de batalla del norte de Italia, que le había recomendado con las más vivas expresiones al nuevo ministro de Estado, D. José de Carvajal y Lancáster:

«Mira que en el ejército tienes una cosa muy buena que es Wall, así en lo honrado como en lo capaz. Puedes seguramente echar mano de él para negociaciones y suplir el defecto de extranjero, porque le tengo muy probado y conozco te hallarás mejor con él que conmigo mismo. Si para tenerle a la mano te parece echarle acá, sea para el futuro congreso o para otra

parte y no te pareciere mal mi pensamiento, mándale venir» **(nota 52)**.

Nótese que para el propio Huéscar, un íntimo del irlandés, su mayor defecto es el ser extranjero **(nota 53)**. Un flanco débil demasiado succulento para futuros enemigos, máxime hallándonos en un país en el que, la limpieza de sangre, el linaje y el rancio abolengo suponían serias limitaciones para el ascenso social, y en el que, como acusaba certeramente Tanucci, «no quieren ni sufren héroes ni forasteros» **(nota 54)**.

La respuesta de Carvajal fue distinta: «el que me decías (Wall) va a Génova» **(nota 55)**. Pero tras una breve estancia en la ciudad, como enviado extraordinario **(nota 56)**, su conocimiento de la lengua inglesa y la fe ciega que Huéscar tenía en él, convencieron al ministro para emplearlo en una misión secreta en Londres, con la intención de reparar las diferencias que mantenían ambas cortes:

«Hállase en D. Ricardo Wall, sobre su talento y experimentada fidelidad, la circunstancia no común de saber esa lengua y ésta era esencialísima para poder lograr el acceso a los ministros, sin que fuese público que están ahí, lo que por muchas razones se creyó necesario y así se determinó el Rey a que fuese elegido» **(nota 57)**.

Sin embargo, Wall tenía que superar los duros obstáculos de su origen y de su trayectoria vital. Pronto se criticó que «para un negocio de tanto honor, confianza y gravedad no se hubiese enviado un buen español, sino a un irlandés nacido en Francia, por cuyas circunstancias le suponían enemigo de la Inglaterra» (nota 58). El pertenecer a una familia de reconocida fama jacobita no ayudaba en absoluto: «estos señores creen que tienen fundamentos cuando dicen que es más jacobita que el mismo pretendiente» (nota 59).

El marqués de Tabuérniga, el contacto de Wall en Londres, era testigo y actor privilegiado en estas circunstancias (nota 60). Como observador, no era precisamente el más imparcial. Exiliado de España en 1738, esperaba que ésta fuera la oportunidad óptima para su redención, desempeñando la misión que se jactaba de haber ideado (nota 61), y que le había sido arrebatada por un extranjero:

«Aunque él (Tabuérniga) se lisonjea que a persuasión suya se ha enviado persona, se conoce bien que lo ha sentido mucho, de que se infiere que esperó que se le enviase encargos y poderes» (nota 62).

Wall había conocido a Tabuérniga décadas antes, cuando ambos servían a las armas de Felipe V. Sin embargo, aunque confesaba que habían sido amigos en aquella época (nota 63),

era consciente de que Tabuérniga guardaba en su recuerdo algunas cuentas pendientes con el irlandés, como el hecho de que fuera éste y no él quien acompañase al duque de Liria en su famosa embajada a Rusia (**nota 64**), suceso que por otra parte volvía a repetirse, para mayor irritación del marqués, con esta misión a Inglaterra.

Su hostilidad era evidente en sus expresiones. El desgaste del crédito del irlandés era su principal baza si quería que la misión le fuera encargada, única forma de lograr un regreso honorable a la patria. La desconfianza inglesa, convenientemente exagerada en sus expresiones a Carvajal, no era suficiente, por lo que sus ataques se diversificaron, haciendo alusiones a la indiscreción del agente que, recordemos, se hallaba de incógnito en las islas, bajo el disfraz de un tratante de caballos:

«(Wall) gustaba de concurrir en mi casa con gente de distinción, sabiendo que entre ellas había 4 personas que le habían conocido personalmente en España, en Francia, en Italia y en Rusia; que iba públicamente a la comedia, y que entraba en los palquetes para hablar con las damas que había visto en mi casa, las cuales no dudaban que era persona de condición, pues aunque yo decía que era comerciante establecido en España, sus maneras y sus discursos le desmentían mostrando que era caballero y hombre político y militar».

O a su incontinencia verbal con gente «que le abastecen de sueños y delirios»:

«(...) me hallo escarmentado de que habiéndole hecho algunas confianzas y pedídole que no se diese por entendido con estos señores, no se podía contener y les hablaba de ellas francamente con riesgo mío» **(nota 65)**.

O incluso a su crueldad e insensibilidad:

«No viene después acá, sino rara vez, a mi casa, cuyo retiro no le hace algún bien para el fin a que yo quiero todavía creer que ha sido enviado aquí; pero nada siento como ver la crueldad con que por respecto a sus inclinaciones se muestra insensible a lo que padece España, con muy poco amor al Rey, un hombre que tiene en sus manos la gloria o el deshonor de Su Majestad, y el bien o el mal del reino» **(nota 66)**.

Por suerte conocemos estas opiniones de los ministros ingleses por canales de información menos beligerantes:

«Desde mi arribo a esta ciudad me ha repetido Mr. Sandwich que la persona de D. Ricardo Wall no era de las mas agradables para con aquella nación porque sobre ser irlandés que no es para los ingleses de ninguna recomendación, tenía la cualidad de ser en el corazón verdaderamente francés y por consiguiente sospechosa cualquiera negociación que entablase» **(nota 67)**.

E incluso eran notadas y transmitidas sinceramente por el propio protagonista al «reconocer sospecha en esta gente (de que mi misión era por influjos de la Francia de quien no nos podíamos apartar; el ser yo irlandés daba así mismo desconfianza» **(nota 68)**. Así pues la opinión de que el enviado español era francófilo estaba bastante extendida entre los principales agentes del gobierno inglés.

Los problemas de Wall trascendían, por otro lado, la enemiga de Tabuérniga y la pobre opinión que su origen despertaba en los ministros británicos. La corte londinense era un objetivo demasiado suculento para que hombres «viejos» de la carrera no lo codiciasen, sintiendo su entrega a un «advenedizo» procedente del ejército, máxime si pertenecían a la que comenzaba a perfilarse como cábala opuesta a Carvajal, la ensenadista:

«Yo que estoy experimentando su manejo, de que nadie en el mundo podría exceder ni en entendimiento ni en maña y que concibo que algunos buenos efectos que experimentamos vienen de que él está, que aunque fuera en arbitrio mío sustituirle, no hallara cosa no digo igual pero ni bastante, y fuera de eso sé quién lo desea y que tiene el apoyo de la omnipotencia de este polo, y bien ves tú qué comparación cabe entre ambos, yo lo había de leer: absit» **(nota 69)**.

Sin embargo esta presunta francofilia de Wall era pura invención. Lo cierto es que el origen jacobita del agente repugnaba en un Londres que, precisamente un año antes, había tenido que vérselas con un levantamiento a favor del pretendiente en Escocia (**nota 70**). Por si fuera poco, en las instrucciones de Wall se contenía con total claridad el deseo de que, en un principio, no negociase a espaldas de Francia, sino que lo hiciera en el nombre de ambas naciones (**nota 71**). Para ello, antes de abandonar el continente se había entrevistado en persona con el primer ministro francés, Puyzieulx, y contaba con su aprobación y apoyo. La recta obediencia de las órdenes en lo concerniente a no concertar una paz separada de Francia –«lo que V.S. recela culpas en D. Ricardo Wall han sido obediencias», le decía Carvajal a Tabuérniga– era interpretado por los políticos ingleses como una muestra de sus preferencias por el país galo:

«Este caballero está tan opuesto realmente a que hagamos la paz sin la Francia que por tantas cosas como me ha dicho sin variación en muchas ocasiones, irritado y lleno de fuego, que no repito a V.E. por faltarme tiempo y fuerza para escribir, se debe creer que querría que le cortasen la mano más bien que firmar con ella sin la Francia una paz entre nosotros, la Inglaterra y sus aliados; y que bajo la máscara hipócrita del honor mal entendido se le descubre un ánimo no más sensible

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

que el bronce (...) si por providencia del cielo yo no me hubiera hallado aquí le habrían despedido ciertamente al instante y él se hubiera vuelto gustoso a París para recibir las gracias y los aplausos de la corte de Francia, del Pretendiente, de Génova y de los irlandeses sus paisanos» **(nota 72)**.

De ahí al encasillamiento fácil, como se ve, sólo quedaba un paso.

Lo auténticamente paradójico del caso es que, entretanto, en Francia, comenzaron a levantarse sospechas por la prolongada estancia del agente español en Londres. En uno de sus despachos a Huéscar del 28 de agosto, Masones le indicaba que tanto Sandwich como Saint-Séverin habían acusado, aunque por motivos diferentes, de parcialidad a Wall **(nota 73)**. Los franceses, en su desconfianza, habían llegado incluso a espiar al irlandés:

«Aunque no me atreveré a asegurarlo, me inclino a que enviaron de ahí (Francia) a Londres a espiar a Wall y que ya han retirado su emisario secreto» **(nota 74)**.

La perspectiva de que su principal aliada pudiera firmar una paz separada con Inglaterra abandonándola era una sospecha fundada **(nota 75)**, ya que Wall, si no conseguía un arreglo común, estaba autorizado a buscar un pacto que afectase sólo a los contenciosos hispano-británicos. Todas

estas presiones acabaron haciendo mella en las esperanzas del irlandés:

«(...) te confesaré ingenuamente deseo partir pues el poco suceso que he tenido en esta nueva carrera me aumenta el anhelo de restituirme a mi primera» **(nota 76)**.

Con todo, a pesar de las críticas y del descrédito inicial, sus servicios seguían siendo necesarios en Londres. Carvajal era consciente de la escasez de «cabezas pensantes» de las que echar mano **(nota 77)**. París era uno de los puestos a cubrir (Huéscar deseaba retirarse) y no podía permitirse renunciar a uno de sus hombres en la otra gran embajada europea. Lo cual, sin embargo, Huéscar llegaba a considerar dadas las características de aquella y el talento de éste:

«Mándasme que te alumbre sobre sujetos y me informas de tus tropiezos, que son en verdad grandes, y debo decirte mi parecer porque lo quieres así (...) Para aquí (París) después de concluido todo dices que propondrías a Solera y añades que no es posible en lo que hay pendiente. No es malo Solera por cierto, pero aquí sería menester un hombre más hombre que él y mucho más que yo (por vida mía), pero no los hay, que es gran trabajo (...) Es preciso remediar estos daños no en un día, porque la obra consta de muchas cosas muy bastas, sino poco a poco y con mucha sagacidad y cautela por no despertar a este ministerio que impedirá nuestras ventajas

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

a toda costa como que nada les importa más. ¿Quién será el cristiano que sepa sufrir y quién el que sepa disimular las amarguras que ocasionan las ofensas? ¿Y dónde hallarás un hombre tan hábil que pueda ayudarte en la dirección de esta obra? Yo soy el primero que he faltado a estos principios porque no he sabido sufrir ni en particular ni en general las inconsecuencias de estas gentes (...) Si alguno puede servir aquí útilmente es Cosme. Conoce mucho este lugar, es vivo, alegre y muy sagaz (...) te aseguro que si no estuviera en Londres, te lo pediría de oficio porque creo que nada convenga tanto como tenerle aquí» **(nota 78)**.

Carvajal, además, confiaba plenamente en el irlandés, del que decía cosas como: «corresponde a todo lo que te he oído. Lo hace admirablemente, buenas salidas y discursos» o «en buena hora pensamos enviarle allá. ¡Ojalá hubiera sido antes!» **(nota 79)**. Los ingleses, aún con sus sospechas, acabaron por no desear que Wall partiese, ante los posibles vaivenes de la guerra:

«(...) el motivo a mi parecer es que siendo público que yo estoy aquí, la gente quede esperanzada de la paz que desean (...) También con todos los esfuerzos que hacen para juntar un ejército superior temen que la Francia se adelante y dé algún golpe, en cuyo caso se alegrarían de que yo estuviese a la mano para concluir algo» **(nota 80)**.

Las acusaciones de francofilia fueron diluyéndose lentamente, conforme avanzaban los meses. Tabuérniga fue repatriado a finales de 1748 (**nota 81**), eliminando la principal y constante fuente de fricciones, dada su rivalidad:

«Newcastle no ha dejado jamás de agasajar a Wall. Lo que suena en contrario son especies que suelta Tabuérniga que es perjudicial allí, ¡y quiera Dios que aquí no lo sea! Wall conviene allí sin duda» (**nota 82**).

El Tratado de Aquisgrán y la excelente coyuntura en las relaciones internacionales que se desarrolló entre ambas potencias harían el resto. La neutralidad de un Carvajal supuestamente anglófilo obraba la metamorfosis de su peón en Londres. Ya en 1749, la situación había dado un giro radical: Wall podía jactarse de tener unas relaciones excelentes con los ministros ingleses:

«(...) les merezco una grandísima confianza en todos los asuntos: procede de creerme de contragenio de los franceses (...) Bien me persuado de la inquietud del marqués de Puyzieulx. El embajador que está aquí no toca pelota, pero no deja ni por esto de aumentar los celos en que está por mi mucha introducción» (**nota 83**).

¿Cómo entender semejante mudanza en la suerte del irlandés? Las pruebas que hemos aportado hasta ahora demues-

tran de un modo diáfano que la presunta francofilia de D. Ricardo Wall no fue otra cosa que la consecuencia principal de las intrigas de su rival político, Tabuérniga, y de su ascendencia jacobita, que alimentaba la desconfianza de los ministros ingleses. En el marco de la crítica coyuntural de 1747 y 1748 puede, por fin, observarse cómo el empleo de esta etiqueta responde a un interés político de los interlocutores y de los rivales del enviado español, no a una realidad en sus sentimientos. La filiación, recogida en la tradición historiográfica posterior como el recurso didáctico perfecto para explicar la política exterior española, en función de las preferencias de sus ministros, revela al fin su auténtica naturaleza: el ser una herramienta más dentro del repertorio cortesano en el ámbito de la intriga y de la lucha de facciones.

5. ¿Wall, anglófilo?

A la luz de estas circunstancias, ¿en dónde queda la presunta anglofilia del irlandés? A priori parece que este rasgo, por el que ha sido identificado unánimemente por los historiadores, se desvanece. La capacidad de adaptación que el personaje muestra a lo largo de las diversas etapas vitales que atraviesa es un síntoma suficiente para que nos percatemos de que las preferencias políticas en materia de relaciones internacionales, resultaban en él poco menos que contingencias

perecederas que se modificaban con sorprendente facilidad, según cambiase la coyuntura o el contexto. El despiste de algunos autores frente a este aparente cambio de preferencias en el irlandés ha llevado a curiosas afirmaciones: «aunque en un principio pasaba por enemigo irreconciliable de todo lo inglés, se ignora qué artes especiales usaron con él en Londres, lo cierto es que desde entonces se mostró decidido partidario suyo» (nota 84). Se vislumbra el cambio, pero no se acierta con su naturaleza. Con todo, es preciso que analicemos los argumentos y los testimonios diversos que, a lo largo de más de dos siglos, se han empeñado en encasillar a Wall como parcial, en mayor o en menor grado, de Inglaterra.

Con la misma facilidad con la que se desprendió de la «mácula» de francófilo, se hizo acreedor de la contraria. La política exterior hispana, asentada firmemente en la neutralidad fernandina, lastimaba el tradicional sentimiento de superioridad francés con respecto a sus parientes transpirenaicos. Sus ministros no entendían que, gracias a excelentes políticos como Ensenada y Carvajal, España mantuviese tal actitud: «They are surprised that Spanisth Ministers act no longer as parrots, in holding what they call the same language» (nota 85). Siendo Wall, como era, uno de los instrumentos más importantes de dicha política, fue contagiado con facilidad de la nueva

filiación. Cuando apenas hacía unos meses que todavía se le consideraba un espía francés, ya empezaba a vérselo como un partidario y un defensor de los intereses de Inglaterra.

Las protestas galas se suceden ya desde 1749. A las primeras interpelaciones del embajador francés, Vaulgrenant, Carvajal «respondióle que podía decir que alguna vez había expresado el ministerio de Londres que más parecía V. S. (Wall) ministro de Francia que de España» **(nota 86)**.

Sería, no obstante, a partir de 1752, año clave en este periodo, cuando la animadversión francesa se exacerbaría, fruto del acercamiento vivido entre España e Inglaterra (Tratado del Asiento) y sus aliados (Tratado de Límites con Portugal), en los que había colaborado Wall. Francia no podía tolerar el acercamiento anglo-hispano: «Se incrementaron las tensiones diplomáticas como ocurrió en toda Europa, pero también afloraron las desavenencias políticas en el seno del gobierno (...) Este era, sin duda, el clima deseado por Keene que podía ver con regocijo cómo se repartían etiquetas de anglófilos y anglófobos» **(nota 87)**. A tal punto se llegó que, según Coxe, ofendió «la corte de Francia a la de Madrid y perdió en ella mucha de su consideración con los esfuerzos que hizo para separar a Wall de la embajada de Inglaterra y

para reemplazarlo con Grimaldi, que estaba consagrado a sus intereses» (nota 88).

El duque de Duras no fue ajeno al enrarecimiento del ambiente a partir de entonces. Sucesor desde noviembre de 1752 de Vaulgrenant, fue el primero de los embajadores franceses en enfrentarse directamente con el Wall ministro. Sus juicios, emitidos durante la crisis ministerial de 1754 contribuyeron a consolidar el tópico (nota 89). Es más, llevado por la temeridad y la frustración derivada del fracaso de su misión, llegó a conspirar contra el propio irlandés: «Duras piensa ya en la necesidad de deponer a Wall y para ello comienza a intrigar contra él siguiendo una estrategia parecida a la que Keene empleó contra Ensenada. Divulgará que el ministro extranjero es un agente inglés, intentará el acercamiento a la reina por medio de su mujer, que llegará a entregarle cartas de Luis XV en secreto, publicará que Francia está dispuesta a enviar tropas y reponer a Ensenada... En fin, el embajador no sabía que una mala oposición refuerza al poder: los intentos de derrocar a Wall en realidad fortalecieron al ministro» (nota 90). En 1755, durante una audiencia con Fernando VI en la que reclamaba su ayuda tras el «atentado» de Boscawen (Terranova), «añadió un vigoroso ataque contra la parcialidad de Wall y sugirió a Fernando VI que consultara a ciertos súbditos

ilustrados y a sus tribunales para obtener una información más objetiva» (nota 91). Incluso la esposa del duque, en audiencia con la reina, se permitiría la temeridad de lanzar una «violenta diatriba contra Wall» y pedir «que se autorizara al embajador francés a tratar con un ministro menos parcial en favor de Inglaterra» (nota 92).

Posteriormente, tampoco Ossun, el embajador francés llegado con Carlos III desde Nápoles, rectificaría estos juicios:

«Au reste, cet homme est Irlandais; il est imbu des anciens principes de la cour d'Espagne qui étaient entièrement favorables à l'Angleterre. Comment n'aurait-il pas le cœur anglais?» (nota 93)

No lo harían sus superiores, para quienes Wall era «secrètement favorable aux anglais» (nota 94), destacando «la mauvaise volonté du ministre du roi d'Espagne, M. de Wall, irlandés très dévoué à l'Angleterre» y sus «tendances très nettement anglaises» (nota 95). Que hubiesen cambiado los rivales políticos del irlandés no significaba que cambiasen las armas empleadas contra él. Finalmente parece que la firma del Tercer Pacto de Familia, muy celebrado en Francia, pudo atemperar en parte estas manifestaciones. Se ofreció a Wall el Sancti Spiritus para sellar la reconciliación. El ministro, poco amigo del alarde personal, la rechazó (nota 96). Una

nueva afrenta de este personaje que, obviamente, ha pasado a la historiografía gala como «instrument docile de la politique anglaise» (nota 97) y «toute favorable à la l'Angleterre» (nota 98).

A los británicos, por su parte, les convenía la ficción. Reforzar la impresión de que Wall estaba en su bando les ofrecía la posibilidad de vender un considerable éxito a la opinión pública de las islas, por no mencionar el no menos relevante dividendo de aumentar la desconfianza del rival galo con respecto a su anterior aliada. Los principales testimonios de la época aparecen canalizados a través de la correspondencia de Keene, quien se jactaba de ser un antiguo amigo de Wall.

Las expresiones de las cartas transcritas por Lodge, aparentemente cariñosas, apenas sobrepasan los límites del protocolo habitual en la correspondencia entre políticos o cortesanos:

«je me flatte que vous serez persuadé que je suis de ceux qui vous aiment et vous honorent. Monsieur. Le plus humble et le plus obéissant de vos serviteurs» (nota 99).

«Soyez, je vous prie, persuadé qu'il n'est pas possible que personne ne vous estime et ne vous aime plus que moy, et c'est

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

avec ces sentiments que je seray toute ma vie, Monsieur, votre
tes humble et tres obeissant serviteur» **(nota 100)**.

«Peutestre changeray je d'amis, mais jamais dans les senti-
mens d'estime et de la plus tendre amitié que je vous ay voué
depuis 22 ans» **(nota 101)**.

El propio Keene lo presentaría durante un tiempo con el cli-
ché consabido:

«I have had an opportunity of expressing your reconnoissance
to our friend here (Wall), who is all, and much more than you
can imagine» **(nota 102)**.

No es de extrañar que estas manifestaciones de adhesión
personal, fueran confundidas y, sobre todo, exageradas por
autores como Lodge o Coxe: «En cuanto a la política exterior
fernandina, Coxe incrementaba las filias inglesas de algunos
ministros como José de Carvajal y Wall –por contraposición
al afrancesamiento general–, dejando un terreno abonado
para las controversias que han dominado la segunda mitad
del XIX y buena parte del XX» **(nota 103)**. Ambos, guiados
de una subjetividad evidente, las invocan como pruebas de
sentimientos probritánicos:

«Consultando de igual modo sus propios deseos y los desig-
nios de su corte, mostró un gran afecto hacia Inglaterra y con-
tribuyó mucho a apresurar la reconciliación (...) Los servicios

que prestó mientras desempeñaba este destino lo hicieron amar de todos los amigos de España en Inglaterra, como de todos los de Inglaterra en España» **(nota 104)**.

La historiografía anglosajona posterior sigue criterios heredados de estos autores. Sir Charles Petrie presenta a Wall como aliado de Keene desde los tiempos de su embajada londinense: «Outside Spain the British ambassador had a valuable ally in Richard Wall» **(nota 105)**. Lynch indica que era «supuestamente antifrancés» **(nota 106)**.

Aún en el caso de poder admitir una simpatía mutua entre Keene y Wall, estos autores convierten una incierta amistad en toda una ideología y una personalidad probritánica. La mejor prueba de lo limitado de los lazos personales cuando se está en la cumbre es precisamente el progresivo distanciamiento de Wall de aquellos que podían comprometer su reputación, Keene entre ellos. Tampoco se presta debida atención a las relaciones de Wall con el sucesor de Keene, Lord Bristol, que desde luego fueron menos cordiales y acabaron desembocando en la salida del diplomático de Madrid y en la guerra. De hecho parece que Wall llegó a ignorarle en los primeros despachos, dirigiéndose exclusivamente a su secretario, Ruvigni de Cosne, que también lo había sido de Keene, y que se había encargado de los negocios ingleses

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

tras la muerte de éste y hasta la llegada del propio Bristol, durante casi un año:

«At the beginning of my being in this country Colonel de Cosne always followed me into his closet when I was sent for, and the single time I perceived M. Wall the least moved, when upon the subject of our privateers, was when Colonel de Cosne took the lead in the discourse whilst I was present, and occasioned the Spanish minister's expressing himself to him, but not to me, with the warmth I mentioned in one of my public letters... Since that time I have always gone into the closet alone»
(nota 107).

El punto de vista español sigue una línea análoga. Contaminado en la mayor parte de las ocasiones por los intereses exteriores, los propios contemporáneos hicieron suyos los argumentos de las grandes potencias para emplearlos como arma arrojada contra el nuevo ministro que, recordemos, había dejado tras de sí en su ascenso, una nada despreciable suma de enemigos. Esta situación de continua presión sobre el ministro le hizo desconfiar hasta de sí mismo y condicionó su actuación en momentos críticos como, por ejemplo, el estallido de la Guerra de los Siete Años:

«No ignoráis me dijo que soy extranjero en este país y que por lo mismo estoy completamente aislado; no me apoyaría ni

siquiera en uno de mis colegas, porque sus sentimientos que son los de la nación no los inclinan a comprometerse en una guerra contra Francia por vuestros intereses» **(nota 108)**.

Fue el precio de la victoria sobre Ensenada. El precio que tuvo que pagar un gobierno continuamente bajo sospecha, paralizado por la desconfianza mutua y el faccionalismo, condicionado totalmente en su gestión al frente de la monarquía. Una victoria pírrica cuando los más profundos recovecos de la administración se hallaban colonizados por hechuras del marqués, dispuestos a aprovechar la mínima oportunidad para resarcirse de la derrota de julio de 1754. La cruenta lucha de los siguientes años con los restos de ese partido se llevaron la mejor oportunidad de España a lo largo del siglo XVIII para su regeneración. El propio miedo que atenazaba a Wall **(nota 109)**, consciente de la necesidad de luchar consigo mismo, contra la injusta acusación que silenciosamente aparecía en las miradas de todos aquellos con los que departía; esa obsesión y la permanente sorda lucha contra los ensenadistas, llegaban a atrofiar en ocasiones el normal desarrollo de su política:

«No tomaré la responsabilidad de decidir este negocio sin consultar a los demás ministros, mis colegas. No es esto todo; si todos estuviesen unánimes y acordes, no sólo me opondría yo a ello si no que presentaría mi dimisión en el caso de que

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

admitiesen vuestra interpretación, porque no quiero dar armas contra mí a mis enemigos, y mis colegas tal vez hallarían medio de retractar su opinión quedando yo solo con la responsabilidad. Entonces los franceses tendrían una buena ocasión de repetir la cantinela de que estoy vendido a Inglaterra, puesto que faltaría a las estipulaciones de un tratado observado con tanta fidelidad por parte de Francia en lo relativo a España, que se ha comprometido, añadirían, por su honor y virtud de los tratados a proporcionar la restitución de las mercancías francesas protegidas por la bandera española» **(nota 110)**.

Y, por supuesto, arrastraron consigo al abismo la reputación de Wall, que a partir de ese momento pasó a la historiografía como gobernante ineficaz de dudosa lealtad. La influencia posterior de los historiadores españoles, ayudó poco a hacer justicia con un personaje que, conforme pasaron las décadas, fue oscureciéndose cada vez más, en parte por tópicos como éste, su supuesta anglofilia.

Es este aspecto, los testimonios de los autores decimonónicos han resultado hasta ahora devastadores tanto en éste como en los demás tópicos que giran en torno a la figura de D. Ricardo Wall **(nota 111)**:

«D. Ricardo Wall, irlandés de origen, nacido en Francia, afecto a los ingleses (...) Poco tiempo después se presentó en

Madrid el nuevo ministro Wall. Su política era conforme a las ideas e intereses del gabinete de Londres» **(nota 112)**.

«(...) y por su destreza y capacidad y también quizá por el afecto que tuvo siempre hacia los intereses británicos, no solo fue nombrado ahora para aquel importante puesto diplomático sino que a poco tiempos fue llamado para ocupar el ministerio de estado» **(nota 113)**.

Un siglo después, el juicio de los especialistas apenas se ha modificado. A comienzos de la centuria, se seguía insistiendo en la falta de patriotismo del ministro, considerado «decidido partidario» **(nota 114)** e incluso «vasallo de la Gran Bretaña» **(nota 115)**. En las décadas centrales, todavía se pensaba que Wall era «totalmente manejado» por los ingleses **(nota 116)**. Sus «simpatías probritánicas» eran destacadas por Domínguez Ortiz **(nota 117)**.

Aún en la actualidad, se justifica su elevación al ministerio en virtud de su anglofilia: «A la hora de ascender al ministerio la partida que más pesó en su activo fue la de su anglofilia. Ello para contrarrestar la francofilia de Ensenada y mantener el equilibrio» **(nota 118)**. Para Badorrey «la designación de Wall representó un claro triunfo para el partido inglés»; confía en exceso en las victoriosas expresiones de Keene, que si bien justificadas desde el punto de vista del embajador, no

resultan en absoluto objetivas de la situación que se vivió en 1754, típica de una lucha entre facciones y que se ha querido enarbolar como la prueba capital de la existencia de la filiación **(nota 119)**. La propia historiadora acaba reconociéndolo en páginas posteriores: «la razón última del enfrentamiento hay que buscarla en el conflicto entre partidos (...) La lucha entre facciones estuvo equilibrada hasta el fallecimiento de Carvajal, pero en ese momento, sus partidarios temieron perder parcelas de poder y se aglutinaron con quienes perseguían un mismo interés: impedir el monopolio de Ensenada» **(nota 120)**.

Ese, y no otro, fue el motivo de la entrada de Wall en una intriga que ha sido calificada con terminología de lo más diversa, en ocasiones acertada («conjura», «affaire»), en otras notablemente impropia («golpe de estado» **(nota 121)**, «conspiración masónica» **(nota 122)**). Que se desprenda entusiasmo de su famosa nota a Keene (la prueba más utilizada por los historiadores para asegurar su anglofilia) se debe únicamente a su sincera esperanza de haber eliminado a un «déspota», lo cual, por otro lado, era cierto, ya que Ensenada había sido quien más se había acercado a ese ideal, ocultando al monarca una verdadera guerra, tal vez restringida a las posesiones caribeñas y de menor intensidad, pero una guerra

al fin y al cabo (**nota 123**). Aquello que Fernando se había empeñado en evitar desde su llegada al trono.

En la misma línea, se mencionan otros síntomas de su anglofilia, como el «conjunto de circunstancias que motivaron su salida del gobierno, (...) sus propias convicciones políticas (...) con el giro de la política de aproximación a Francia (...) Wall debía de sentirse incómodo para continuar desempeñando al menos la secretaría de Estado» (**nota 124**).

La realidad es que, si durante 1747 y 1748, el irlandés fue considerado por los ministros ingleses como parcial a Francia, su supuesta anglofilia le acompañaría el resto de su carrera política. Sin embargo su ideología no permite hablar de tal, sino de conscientes y meditados acercamientos o distanciamientos de las potencias en función de los intereses españoles. Algunos autores ya intuyeron un giro en la actitud de Wall, pero lo achacaron a sus sentimientos, más que a la reflexión:

«En el sistema político del nuevo ministro pueden señalarse dos épocas, la una que precedió a la caída del marqués de la Ensenada, y en la cual por rivalidad y contradicción a este sostuvo mas de lo que consentía su deber una amistad íntima con el representante británico y la otra después que quedó arbitro del gabinete español, cuya inmensa responsabilidad

y las cuestiones que mas tarde se suscitaron con la Gran Bretaña acerca de nuestras provincias ultramarinas, neutralizaron en gran manera su afición a los intereses de esta potencia, llegando al punto de que en su tiempo se abrió, siguió y llevó a cabo la negociación del pacto de familia» **(nota 125)**.

Parece evidente que sus cualidades como diplomático le permitieron establecer una relación personal y profesional bastante estable con sus homólogos ingleses, mérito más que destacable teniendo en cuenta las dificultades que atravesó su misión durante los primeros meses, cuando arreciaron sobre él las acusaciones de francofilia. El despecho francés pronto le adjudicaría una nueva filiación a pesar de que, al igual que su patrón, Carvajal, creía firmemente en el sistema de neutralidad recién instaurado:

«(...) dejando a un lado las vastas pretensiones de la corte de las que, aún logrando parte a expensas de sangre y dinero, considero, como español, dañosas a la propia grandeza de la Monarquía y a su verdadero interés, (...) (prefiero) la gloria de ser mediadora de todas las diferencias que pueden sobrevenir entre los Príncipes de Europa. La Monarquía de España ha sido temida en tiempos de Carlos V y Felipe II, desde entonces ha desvanecídose y cada potencia ha pensado en disfrutarla por su riqueza, galanteándola como una dama cortesana que no se respeta, cuando gozada. En estos términos el siste-

ma de S.E. es sólo que puede restituirla al lustre a que sus dilatados dominios y opulencia la acreditan de justicia» **(nota 126)**.

Los éxitos diplomáticos de Carvajal (Tratado del Asiento, Tratado de Límites, Tratado de Aranjuez), en los que tuvo destacada participación el irlandés, el rechazo francés y el paulatino enfrentamiento con Ensenada indudablemente afianzaron a Wall en su ideología: mantener las fluidas relaciones con Inglaterra que asegurasen la neutralidad española y su autonomía de las directrices emanadas desde Versalles:

«Amigo mío, al salir de Inglaterra, dije a vuestros ministros que si no pudiese conservar y hasta mejorar el sistema de política que había aprendido y adoptado en mi embajada, renunciaría a todos mis empleos» **(nota 127)**.

¿Pero en qué consistía exactamente esa ideología? ¿Podía tachársele, en virtud de esas convicciones de anglófilo? Como observador privilegiado que fue durante casi siete años del centro neurálgico del imperio británico, de la forma de tomar decisiones, del poder de la opinión pública, de los intereses de los comerciantes de la city, de las inclinaciones del Parlamento y del monarca, Wall había podido deducir con suma facilidad la posición de desventaja evidente desde la que partía España con respecto a Gran Bretaña:

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

«Finalmente diré a V.E. que la opinión general de esta nación es que pueden atacarnos en América siempre con ventaja y según sus discursos infiero que Cartagena u otra plaza de las del lado de acá de la línea será siempre el principal objeto de sus esfuerzos» **(nota 128)**.

Así como los verdaderos intereses de esta nación, que eran «sus colonias, éstas son sus riquezas, sus tesoros y sus minas, éste es el verdadero y único interés inglés y por él han hecho tantas veces la guerra y endeudado a la nación» **(nota 129)**. Para contrarrestar esa situación, Wall, del mismo modo que Carvajal, estaba dispuesto a realizar concesiones que ganasen el suficiente tiempo para la recuperación de España, que, tal y como preconizaba Ensenada, debía llevarse con el mayor disimulo posible, cosa que él mismo practicaba en sus despachos con los ministros en Londres:

«(...) siempre que me hablan de esto desprecio nuestras ideas de comercio con razones plausibles, atribuyéndolo al celo de nuestro actual ministerio, pero dando a entender que nunca puede entablarse por lo despoblado del país, el genio perezoso y poco industrial de la nación, la constitución del gobierno y de la religión, todo con el fin de no excitar celos, por lo que creo conveniente que cualquier adelantamiento en este asunto debe ser con mucho secreto y cautela» **(nota 130)**.

Pero todas estas coordinadas no pasaban en ningún caso por la subordinación de los intereses de España a los de Inglaterra. Durante su propia estancia en Londres había tenido que hacer valer en numerosas ocasiones los derechos españoles frente a los abusos ingleses, unas veces con éxito, otras sin él. Así por ejemplo comparte con el francófilo Enseñada el proyecto de creación de una compañía comercial que suministrase el palo de Campeche a los mercaderes británicos y eliminase las depredaciones de los leñadores ingleses en Honduras y Belice:

«(...) deseoso de remediar el principal abuso que procede de la corta del palo de Campeche por las resultas de contrabando he hallado a un amigo negociante (...) y a impulso mío ha trabajado para formar un plan de compañía establecida en Cádiz que tomará a su cargo no sólo la corta de dicho palo sino también el resguardo de los costes» **(nota 131)**.

O el de reclutamiento de técnicos foráneos para mejorar las manufacturas españolas **(nota 132)**. Y protesta enérgicamente ante la intentona inglesa de colonizar las islas Falkland (actuales Malvinas), hasta lograr que éstos desistan de su tentativa. En resumen, en su embajada en Londres, Wall siguió al pie de la letra las «anglófilas» instrucciones de su superior, contaminándose con idéntica etiqueta, transgre-

dió los límites del protocolo al establecer lazos de amistad con algunos de sus colegas y se granjeó una costosa impopularidad en determinados círculos tanto de los circuitos internacionales como de la propia corte madrileña. Pero no hizo nada censurable desde el punto de vista de la lealtad al rey. Es más, si mostró en algún momento síntomas de falsa anglofilia fue porque su rey, y su política, a través del ministro de Estado, Carvajal, lo exigieron. El propio ministro fue el mejor en captar esa especial habilidad del irlandés para adaptarse a cada coyuntura con un innegable talante práctico:

«(...) esté V. S. seguro de que Wall nada será, sino es lo que sea su amo, si el rey fuere francés lo será y si el rey fuere inglés lo será él, sin extraviarse a otro lado» **(nota 133)**.

Al fin y al cabo fue la búsqueda de la continuidad de la política de Carvajal lo que le procuró el ascenso a la Secretaría de Estado. Que ésta anhelara un hipotético acercamiento a Inglaterra es otro asunto.

El panorama iría paulatinamente modificándose tras su llegada a Madrid, el 17 de mayo de 1754, como sustituto oficial de su protector. Se inicia una segunda etapa en la que, a pesar de ser sistemáticamente identificado como anglófilo, la conciencia de sus recién adquiridas responsabilidades y el miedo a sus enemigos políticos le harán reprimir cualquier mínimo

atisbo de favor hacia las propuestas británicas. La cordialidad con Keene se evaporó pronto. El propio embajador inglés, a quien no se le puede negar astucia y perspicacia ya empezaba a intuirlo en vísperas de la exoneración de Ensenada:

«No hay tampoco que dejarse deslumbrar por las primeras apariencias, porque en este país hay mucha diferencia en general en las mismas personas, según que estén colocadas o no, y se debe esperar a las consecuencias que produce naturalmente esta variación en su estado y en las circunstancias en que se encuentran» **(nota 134)**.

Ante este radical cambio de actitud, cabe preguntarse quién engañó a quién. ¿Keene a Wall para que le ayudase a eliminar a Ensenada? ¿O Wall a Keene para consolidar su posición en la corte? De nuevo parece que el mutuo interés, más que la siempre, en el mundo de la intriga cortesana, inestable amistad, les llevó a la cooperación. Tampoco el embajador inglés era ajeno a este hecho:

«I must beg that Wall may never know the distinction I make between his Principals. He is personally acquainted with Ensenada, but never was seen by the other. And he has cunning enough to know which of them can do him most service» **(nota 135)**.

Keene se refiere aquí a Ensenada y Carvajal. Pero una vez eliminados ambos, Wall seguiría sabiendo ser lo «suficientemente astuto» como para seleccionar a aquellos que pudieran «hacerle mejor servicio». Keene no estaría entre ellos.

Su sociedad se disolvería pronto. La amistad de Keene de nada servía ya a Wall. Según Lynch, «la reputación anglofila de Wall le indujo a apartarse de sus anteriores amigos para conservar su credibilidad» (nota 136). Quizá tan sólo fue una nueva mudanza de piel del irlandés, que ya estaba acostumbrado a estos bandazos del destino. Wall ayudó en la exoneración del marqués por convencimiento personal o por interés propio, no por anglofilia.

Coxe se engaña cuando dice que Wall, «obligado a sacrificar sus principios a la política dominante de la corte, (...) tiempo hacía que seguía con pesar desempeñando su empleo» (nota 137). La anglofilia resultó una carga pesada para el ministro, pero no porque la política acabase tomando un giro antibritánico que le disgustase. Lo que en realidad pesaba sobre los hombros del sexagenario era el ser «víctima de los celos nacionales, expuesto constantemente a las intrigas de los partidarios del sistema francés y a las sordas intrigas de los napolitanos que rodeaban a Carlos III» (nota 138). También la falsedad de las acusaciones, que le obligaban a vivir

un ministerio tenso, sin credibilidad, paralizado en muchas de sus decisiones y en continua lucha con aquellos que empleaban tal argumento para desacreditarle y eliminarle (**nota 139**). El miedo al ensenadismo y el miedo a sí mismo.

La Guerra de los Siete Años presidió, en el ámbito de la política internacional, la atención de los ministros del segundo equipo ministerial de Fernando VI. Tras la caída de Ensenada, se intentó repartir el poder entre varios sujetos, delimitándose estrictamente sus competencias para evitar injerencias y una excesiva concentración de prerrogativas. Uno de los mayores errores achacados a Wall en su gestión al frente de la Secretaría de Estado es precisamente su actitud frente al conflicto anglo-francés, que una vez más volvía a polarizar los intereses de las potencias europeas en el reparto de alianzas. Ozanam por ejemplo, define el ministerio Wall con la siguiente expresión: «de la neutralidad al inmovilismo» (**nota 140**). Aún hay acusaciones más certeras. Según juicio de Jorge Guillermo Bas lo que realmente hizo Wall fue practicar una política de aislamiento que benefició a Inglaterra (**nota 141**). Gómez Molleda habla de «inexplicable y suicida neutralidad de España en 1756» (**nota 142**) y Espadas Burgos, de un «pacifismo (...) convertido en algo peligroso» (**nota 143**).

Por tanto se pretende simular que la anglofilia del ministro más importante del segundo gabinete fernandino, supuso el freno radical a una de las mejores oportunidades de resarcirse con respecto a Inglaterra de pérdidas anteriores, como la recuperación de Menorca, que fue ofrecida por los franceses al conquistarla en 1756. Una explicación que hace hincapié en la escasa lealtad y si se quiere, en la falta de «patriotismo» de un ministro que tuvo la dudosa virtud de malograr los avances y las mejoras sin número que habían introducido sus antecesores, mucho más preocupados por el bien nacional que por los intereses de otras potencias. No por expresivo, menos sincero, Menéndez Pelayo se lamentaba en sus Heterodoxos: «Mengua grande de nuestra Nación andar siempre en manos de rapaces extranjeros». No serían los posteriores panegiristas de Ensenada quienes enmendasen el error, llegando a llamar traidor al irlandés, no sólo a la madre patria, sino a la amistad que le unía presuntamente con el marqués **(nota 144)**:

«Tiene en su contra haber traicionado a Ensenada. Cuando el duque de Alba, entonces aún de Huéscar, inicia sus cabildos con el embajador Keene, para derribar a D. Zenón, Wall, que había sido apoyado siempre en su carrera política por el restaurador de nuestra marina, e incluso le había salvado en alguna ocasión de fracasos ciertos, no tuvo inconveniente en

entrar en la conjura contra su amigo y protector en cuanto fue nombrado ministro de Estado, a la muerte de Carvajal y Lancáster» **(nota 145)**.

Olvidaron que no fue el marqués quien otorgó su patrocinio a Wall, y que su relación no pasó de la cortesía profesional y de la complicidad en la defensa de intereses idénticos. El tópico de la amistad traicionada por Wall no es más que un fallo en la identificación de la autoría de algunas cartas, en las que Carvajal defiende la gestión del irlandés en Londres frente a Tabuérniga, su máximo detractor, y que Rodríguez Villa atribuye erróneamente a la inspiración del marqués **(nota 146)**. Fueron Carvajal y, sobre todo, Huéscar, los protectores de Wall, éste último posterior enemigo declarado de Ensenada. Sin embargo, la falsa imagen heredada de las apreciaciones de estos y otros autores, se han perpetuado sin la menor crítica por parte de especialistas posteriores. Es necesario aclarar estas interpretaciones sesgadas, basadas en criterios poco objetivos y contaminadas por la construcción de las historias nacionales y su búsqueda de héroes y villanos **(nota 147)**.

La idea de la colaboración con Inglaterra, aún a costa de ceder algunos derechos, fue pronto desechada por Wall. La actitud inglesa durante el inicio del conflicto había modificado su ideología, basada en la neutralidad carvajaliana, es decir,

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

basada en una relación cordial con Inglaterra que compensase la superioridad francesa. El mismo lo indica:

«(...) había abandonado la idea de colocar a las dos cortes en esta estrecha y sólida unión que sería del interés de ambas; él había deseado apasionadamente verla realizada, pero las semillas de ella habían quedado enteramente destrozadas por la conducta de Gran Bretaña desde la actual guerra» **(nota 148)**.

¿Por qué mantener entonces una neutralidad a ultranza que parecía beneficiar a los británicos?

Tres fueron los motivos fundamentales. El primero radicaba en su propio conocimiento de ambas naciones. El ministro continuaba creyendo que la potencia militar española se hallaba por debajo del umbral mínimo para resistir de un modo viable las posibles agresiones inglesas. Ni siquiera la alianza francesa podía garantizar un mínimo de seguridad allí donde era más necesaria: en las colonias. El fácil triunfo de aceptar la alianza francesa a cambio de Menorca suponía arriesgar más de lo que Wall estaba dispuesto.

No hay que olvidar que Fernando VI y Bárbara de Braganza estaban encantados con su papel «pacificador» en el concierto europeo, cortejados por todas las naciones europeas, allá donde antaño habían sido ignorados. La imagen del «Rey Pacífico» y del restaurador de la monarquía española

había calado hondo en un monarca pusilánime y neurótico, que había exonerado a Ensenada al comprobar que había osado poner en peligro la neutralidad. El segundo motivo es pues evidente. Wall no estaba dispuesto a ser un nuevo Ensenada.

Finalmente, las propias circunstancias, acabarían condicionando la actuación del ministro. Si las esperanzas de alcanzar arreglos negociados con Inglaterra aún se mantuvieron hasta 1757, el convencimiento de lo contrario y, por tanto, la posibilidad de la guerra, se alejarían a partir de 1758 y hasta, al menos, 1760 debido a la enfermedad y muerte de su reina, de su rey y a la llegada al trono de Carlos III.

Wall era, evidentemente, un hombre pragmático, como lo fueron Carvajal o, sobre todo, Ensenada. Primaba, ante todo, las coyunturas:

«Exmo. mío. Si V.E. piensa por un medio término de ni seguir ciegamente nuestras máximas antiguas de gobierno (la neutralidad) ni abolirlas totalmente, sino adaptar las posibles al siglo y circunstancias de nuestros competidores y aumentar las necesarias para un siglo entero (...) se hará V.E. digno de eterna memoria. No es menester acobardarse ni por la edad que se adelanta, ni por las incertidumbres de subsistir en la silla ministerial; lo que es inmortal es la memoria postrera y

por perpetuar ésta ha de pensar V.E. y dejarse de lo demás»
(nota 149).

Coyunturas externas, pero también coyunturas internas: el irlandés sería lo que fuere su rey, francés o inglés sin extraviarse a otro lado. La llegada de Carlos III al trono, en 1759, supondría el punto de inflexión definitivo en su carrera. Habiendo trabajado durante años por reparar las relaciones con Inglaterra, de súbito se vería obligado a hacerlo, en un tiempo récord, con Francia. Resignado al cambio de coyuntura y práctico, su presunta anglofilia no le impediría dirigir y concluir el Tercer Pacto de Familia, que involucraría definitivamente a España en el conflicto, a pesar de sus reservas. Dudas basadas en el realismo de su pensamiento, no en filiaciones que, como hemos visto, no conmovieron lo más mínimo los cimientos de su lealtad a su monarca y a la tierra que consideraba su hogar **(nota 150)**. Dudas que se confirmarían, a su pesar, con las derrotas de 1762, sobre todo, la pérdida de La Habana y de Manila:

«España demoraba su intervención. El Marqués de Ossun culpó a Wall de ser quien ponía las trabas; los autores franceses en general han aceptado esta versión del embajador francés y con poco fundamento acusan a Wall de sentirse atraído todavía hacia la amistad británica. Nosotros sabemos de sobra que no hubo tales sentimientos en el ministro de Estado

español, concedor exacto -y nada opuesto- del significado que entrañaba la alianza francesa. Y sabemos también que la preocupación de acabar las medidas de defensa necesarias en nuestros dominios impedía a Carlos III entrar enseguida en la lucha» **(nota 151)**.

La lealtad de los sentimientos del irlandés está fuera de toda duda. Así la manifestaban las expresiones de quienes le conocieron, incluso las del propio Keene:

«(...) all he respire is for the honor of his Master and the felicity of his people, which depends upon the preservation of the public tranquillity. The preservation of his employments is the least he has at heart» **(nota 152)**.

O las de Rosenberg, el embajador austríaco desde 1756:

«D. Ricardo Wall se sostiene por su rectitud y capacidad. El rey no puede rehusar su estima, tanto más por cuanto está convencido de su desapego al puesto (...) Wall es por supuesto la mejor cabeza que hay en los ministerios» **(nota 153)**.

O las suyas propias:

«Grimaldi padece la misma calumnia que he sufrido. Me han imputado la parcialidad por los ingleses que a él por la Francia, y creo que con igual sinrazón. Tal es, eminentísimo, la desgracia de los que no sirven a su patria. Yo no tengo más que ésta y no obstante más de 40 años de servicios, no acaba

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

la gente de persuadirse de que yo la amo tanto como los nativos» **(nota 154)**.

«Desde que entré a servir mi única ambición ha sido conceptuarme de hombre de bien en mi ya avanzada edad, tan lleno de achaques como desprendido de la sed de honores y riquezas; soy incapaz de cometer una infamia por nadie ni contra nadie en este mundo» **(nota 155)**.

«La prudencia del Rey ha sabido reemplazarme con muchas ventajas y sin ser falsa modestia mía confieso a V.E. que cedo a este ministro en todas las calidades de tal, sino es en la del celo y amor con que he servido a mi Amo» **(nota 156)**.

Por desgracia, su fidelidad en el servicio no ha trascendido, excepto en contadas ocasiones, a la historiografía, eclipsada por su presunta anglofilia. Resulta anecdótico que sean precisamente los historiadores anglosajones los que más la han destacado esporádicamente: «(Wall) was in truth loyal to the interest of the country of his adoption» **(nota 157)**.

A pesar de los testimonios y de la terca injusticia de la historiografía, D. Ricardo Wall no era anglófilo. No sintió inclinación política alguna hacia aquel país, salvo en aras de los intereses de su rey, y no hipotecó jamás éstos por los de las islas. Si bien «para los franceses fue un anglófilo que retardó cuanto pudo la alianza francesa, los ingleses no le profesaron

tampoco muestras de afecto, ni él se hizo acreedor a ellas» **(nota 158)**. Si sintió ciertas simpatías superficiales por algunos ingleses (posiblemente hacia Keene y Newcastle), éstas fueron pasajeras; su corazón siempre se mantuvo leal y fiel al servicio de la corona, y en ningún caso se enajenó a los intereses extranjeros:

«Procedió con rectitud en todo momento; le faltó en alguna ocasión energía, y creyó un poco ingenuamente en la sinceridad de los ingleses al tratar el desalojo de Honduras tras la expedición de 1754. A partir de 1758 para ser anglófilo le sobra una cosa: el desengaño. Y no carecía del sentido común suficiente para percatarse de la amenaza británica» **(nota 159)**.

Su intentona de acercamiento a Inglaterra fue un ejercicio de práctica política basada en sus conocimientos de las relaciones internacionales y en su experiencia como militar y como diplomático, no en sus filias o fobias personales: «Durante su ministerio (Wall) mantuvo la paz a ultranza carvajalista (...) Fue ante todo un militar, recto, práctico y, frente a lo que se ha dicho, equilibrado en el plano ideológico y leal a la monarquía española. Pensó que la potencia marítima inglesa sólo se podía contrarrestar mediante una política de acercamiento diplomático, incluso cediendo en derechos: en eso consistió

Diego Tellez Alarcia
La supuesta anglofilia de D. Ricardo Wall

su anglofilia. Nunca imaginó que España pudiera vencer a Inglaterra. La entrada de Carlos III en la guerra de los Siete Años hizo aparecer su política neutral como débil y entreguista, lo que oscureció su figura y su obra, que siguen siendo poco conocidas» **(nota 160)**.

* Becario F.P.I. de la Universidad de La Rioja. Actualmente realiza su tesis doctoral bajo la dirección del catedrático de Historia Moderna de la Universidad de La Rioja, D. José Luis Gómez Urdáñez.

1. Este artículo está incluido dentro del Proyecto de Investigación «El Ensenadismo: el grupo de poder de Ensenada y la oposición antien-senadista», patrocinado por el I Plan Riojano de I+D del Gobierno de La Rioja, la Universidad de La Rioja y el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

2. GÓMEZ URDAÑEZ, J. L., *El proyecto reformista de Ensenada*, Lérida, 1996, p. 173.

3. OZANAM, D., «La política exterior en tiempos de Felipe V y Fernando VI» en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, vol. XXIX-I, Madrid, 1985, p. 678. Molina Corton habla de «un concepto demasiado tópico que exige una profunda revisión crítica», MOLINA CORTON, J., *José de Carvajal. Un ministro para el reformismo borbónico*, Cáceres, 1999, p. 106.

4. El correlato cultural a este antagonismo político es el «afrancesamiento» o la «anglomanía» de los intelectuales europeos. Al respecto: ENCISO RECIO, L. M., *La Europa del siglo XVIII*, Barcelona, 2001.

5. Aranda a Wall, Varsovia, 21 de febrero de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154.

6. COXE, G., *España bajo el reinado de la casa de Borbón, desde 1700 en que subió al trono Felipe V, hasta la muerte de Carlos III, acaecida en 1788*, Madrid, 1846, vol. III, pp. 397-398.

Notas

7. Aranda a Wall, 16 de mayo de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154.

8. Aspecto que ya ha suscitado interés entre algunos historiadores: FARGE, A., *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Evreux, 1992.

9. Keene a Castres, 29 de abril de 1750, LODGE, R., *The private Correspondence of Sir Benjamin Keene*, Cambridge, 1933, p. 226.

10. Tabuérniga a Carvajal, 6 de abril de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

11. «Me dice V.E. que se mentía mucho en Madrid; hay mucho señor y particular ignorante y ocioso, frailes infinitos e ignorancia de que la Santa Iglesia es mucha causa», Aranda a Wall, 26 de septiembre de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154.

12. Aranda a Wall, 25 de julio de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154.

13. Wall a Carvajal, 20 de septiembre de 1753, A.H.N., *Estado*, 4.277-1.

14. M. de Morantrour, editor de la gaceta, a Miguel de Caparroso, 31 de diciembre de 1750. Concesión de los 50 doblones, patente emitida por Nicolás de Francia el 6 de enero de 1751. Ambas en A.G.S., *Secretaría de Guerra*, 5.322.

15. Las gacetas francesas creaban un clima negativo en España, por sus críticas, frente a la alianza de ambas naciones contra Inglaterra. Aranda a Wall, 4 de julio de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154.

16. SÁNCHEZ-BLANCO, F., *La mentalidad ilustrada*, Madrid, 1999, p. 280.

- 17.** ENCISO RECIO, L. M., *La Gaceta de Madrid y el Mercurio Histórico Político*, 1756-1781, Valladolid, 1957, pp. 27-28.
- 18.** *Ibidem*, p. 28.
- 19.** *Ibidem*, p. 39.
- 20.** ENCISO RECIO, L. M., «La prensa y la opinión pública» en *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, vol. XXXI-1, p. 82 y p. 122. SAIZ, M. D., *Historia del periodismo en España. Los orígenes. El s. XVIII*, Madrid, 1983, vol. I, pp. 138-142.
- 21.** Al parecer habían sido publicados en ella algunos artículos de Rousseau, autor contra el que la Inquisición había desatado una campaña de censura. La medida pretendía evitar rumores que acusasen de parcialidad hacia Francia al gobierno español por permitir estas publicaciones. Ver GUINARD, P. J., *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, París, 1973 p. 30 y SAIZ, M. D., *Historia del periodismo...*, p. 121.
- 22.** SÁNCHEZ-BLANCO, F., *La mentalidad...*, p. 374, n. 80.
- 23.** SAIZ, M. D., *Historia del periodismo...*, p. 138.
- 24.** Algunos ejemplos en EGIDO, T., *Sátiras políticas de la España Moderna*, Madrid, 1973, pp. 259-260.
- 25.** Carvajal a Huéscar, 9 de septiembre de 1748, OZANAM, D., *La diplomacia de Fernando VI*, Madrid, 1975, pp. 381-382.
- 26.** La popularidad de Francia entre los políticos españoles se devaluó como puede concluirse de expresiones como estas: «Este gobierno conspira a nuestro abatimiento con tesón y constancia. Está ayudado

del poder de esta monarquía y de la industria de sus habitantes de modo que ya sea por los tratados en que nos incluyen, ya por el comercio que hacen en nuestros dominios, logran el antiguo intento de nuestro abatimiento. Nosotros estamos sin fábricas y, lo que es peor, adormecidos en la mayor ignorancia nacida de la falta de educación, de modo que perdemos nuestras ventajas y facilitamos las de esta nación. Es preciso remediar estos daños no en un día, porque la obra consta de muchas cosas muy vastas, sino poco a poco y con mucha sagacidad y cautela por no despertar a este ministerio que impedirá nuestras ventajas a toda costa como que nada les importa más», Huéscar a Carvajal, 11 de julio de 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 347-348. Ello influyó en la nueva orientación política de la monarquía.

27. Al contrario de lo que parece, la neutralidad era una imposición del rey, y no una opción política más: «Ideada por Carvajal, mantenida por Wall, la neutralidad es quizás el empeño más claramente personal del rey. Nada le gustó más que verse solicitado por los que antes le habían humillado», GÓMEZ URDAÑEZ, J. L., «La biographie de Ferdinand VI: Réflexion sur le pouvoir sous le Despotisme Eclairé en Espagne» en *La Biographie dans le monde hispanique (XVIe-XXe siècles)*, Saint-Etienne, 2000, p. 162. Desviarse de la neutralidad fue lo que le costó el puesto a Ensenada en 1754.

28. Alrededor de las negociaciones de Aquisgrán giraron toda una generación de políticos que habían iniciado sus carreras políticas en esa misma década o que las comenzaban por esas mismas fechas. Carvajal y Ensenada dominaron la escena hasta 1754, cuando tomó el relevo Wall, que había sido agente en Londres en aquellos años.

Le sustituyó Grimaldi en 1763, que por su parte había sido agente en Viena, también por esas fechas. Tampoco debemos olvidar a otros personajes como Huéscar o Masones de Lima. Ver OZANAM, D., *La diplomacia...*, 1975.

29. Como en el caso de Wall, en el de Carvajal aparecen, en ocasiones, argumentos peregrinos para explicar su supuesta anglofilia: «No faltaron algunas (ocasiones) en que, tal vez (...) obrando en él las simpatías de su segundo apellido Lancáster, abrió con harta facilidad su gabinete al representante de la Gran Bretaña», CANTILLO, A., *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio desde 1700 hasta el día*, Madrid, 1843, vol. I, p. 412. Sobre la política de Carvajal ver: MOLINA CORTON, J., *José de Carvajal...*, pp. 83-115.

30. Ante la posible anglofilia de Huéscar podemos leer sus propias palabras en 1749: «Yo no quisiera tratar tampoco con los ingleses, porque son más enemigos nuestros que éstos (los franceses) y pretenden cosas de más inconveniente aún», Huéscar a Carvajal, 17 de febrero de 1749, OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 444.

31. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *El proyecto...*, p. 84.

32. Desea proteger el imperio «más con secreto y maña que con fuerza», Carvajal a Huéscar, A.H.N., *Estado*, 4.166. Citado en GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «El pensamiento de Carvajal y la política internacional española del s. XVIII», en *Hispania*, 58, 1955, p. 20.

33. Huéscar a Carvajal, 11 de julio 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 348.

34. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *El proyecto...*, p. 81.

Notas

- 35.** CANTILLO, A., *Tratados...*, vol. I, pp. 476-477. Keene admitía: «no puedo volverlo tan inglés como lo quisiera», Keene a Bedford, 28 de junio de 1749, COXE, G., *España bajo...*, vol. III, p. 331.
- 36.** Wall a Carvajal, 25 de noviembre de 1751, A.H.N., *Estado*, 4.263.
- 37.** RODRÍGUEZ, L., *Reforma e Ilustración en la España del XVIII, Pedro Rodríguez de Campomanes*, Madrid, 1975, p. 242. Mucho más expresivamente: «Ensenada constituye un discurso mucho más político; sólo su prudente distanciamiento del radicalismo carvajalista le haría aparecer como afrancesado por contraposición. El marqués es un hombre que ha vivido la guerra y conoce las veleidades de la diplomacia (...) sabe que las conductas dolosas como la de Francia son comunes en el juego diplomático internacional, máxime en situación de guerra, porque él mismo las ha practicado», GÓMEZ URDAÑEZ, J. L., *El proyecto...*, pp. 101-102.
- 38.** *Exposición del marqués de la Ensenada a D. Fernando VI al empezar su reinado, año 1746*, transcrita en FERNANDEZ DURO, C., *La Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, vol. VI, Madrid, 1973, p. 370 y ss.
- 39.** Ordeñana a Pignatelli, 24 de agosto de 1749, A.G.S., *Secretaría de Guerra, Suplementos*, 175.
- 40.** Ensenada a Valenti, 2 de junio de 1750, A.H.N., *Estado*, 2.850.
- 41.** OZANAM, D., «La política exterior...», vol. XXIX-I, p. 677.
- 42.** Tabuérniga a Carvajal, 6 de abril de 1748, A.G.S., *Estado*, 6913.

43. Denominación que recibían Huéscar, Wall y Valparaíso, artífices de la caída de Ensenada junto a Keene, en algunos pasquines. EGIDO, T., *Opinión pública y oposición al poder en la España del s. XVIII (1713-1759)*, Valladolid, 1971.

44. Estos y otros datos biográficos en A.H.N., *Ordenes*, Santiago, 9.020.

45. Al parecer entró al servicio de la duquesa de Vendôme en calidad de paje, *Recueil des instructions données aux Ambassadeurs et Ministres de France depuis les Traités de Westphalie jusqu'à la Revolution Française public sous les auspices de la Commission des Archives diplomatiques ou Ministère des Affaires Etrangères, Espagne*. París, 1884-, vol. XXVII, p. 92, n. 21. Los Vendôme eran parientes de los reyes de Francia.

46. MOZAS MESA, M., *Don José de Carvajal y Lancáster, ministro de Fernando VI: apuntes de su vida y labor política*, Jaén, 1924, p. 34; MARTÍNEZ CARDOS, J., *Primera Secretaría de Estado. Estudio preliminar*. Madrid, 1972, p. IC, ÁLVAREZ DE MORALES, A., *La Ilustración y la Reforma de la Universidad en España del s. XVIII*, Madrid, 1988, p. 185 y BADORREY MARTÍN, B., *Los Orígenes del Ministerio de Asuntos Exteriores (1714-1808)*, Madrid, 1999, p. 104. Hasta la fecha no he encontrado ninguna prueba documental concluyente que confirme dicha participación. Al contrario, en sus hojas de servicios conservadas en Simancas no se hace ninguna alusión a ésta, por lo que debe darse por descartada.

47. En un memorial fechado en 21 de febrero de 1719, Wall indica que «vino a España con recomendación de la duquesa de Vendôme para

Notas

el Cardenal Alberoni y, presentado al rey, fue destinado a servir de guardiamarina», copia en A.G.S., *Secretaría de Guerra, Suplemento*, 234.

48. Sobre su carrera militar: TÉLLEZ ALARCIA, D., «La carrera militar de D. Ricardo Wall», en prensa. Un resumen en OZANAM, D., *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle, Introduction et répertoire biographique (1700-1808)*, Madrid, 1998, pp. 471-472.

49. COXE, G., *España bajo...*, vol. III, p. 377.

50. Parece difícil conciliar, en fecha tan temprana, los beneficios que Wall obtuvo de su ascendencia jacobita (el patrocinio de Liria sobre todo) con su posterior anglofilia. Es evidente que ésta, de aparecer, lo hizo posteriormente. Para ver detalles de este viaje: «Diario del Duque de Liria y Xérica», en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, por el Marqués de la Fuensanta, D. José Sancho Rayón y D. Francisco Zabalburu*, vol. XCIII, 1889.

51. Ozanam habla de «la red jacobita (Laules, Liria, Geraldino, Wall, Mahony, Lacy)», OZANAM, D., «La elección de los diplomáticos españoles en el siglo XVIII (1700-1808)» en CASTELLANO, J. L. (ed.), *Sociedad, Administración y Poder en la España del Antiguo Régimen*, Granada, 1996, p. 17. Otros descendientes de jacobitas como el cónsul McCarthy, el militar O'Reilly, el médico Purcell, el secretario de embajada Rice de la Calzada o sus primos Eduardo y Agustín Wall, engrosarían las filas de esa red de solidaridad regional.

52. Huéscar a Carvajal, 14 de mayo de 1747, OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 193-194.

53. Preocupación que compartieron la mayor parte de los políticos de la época ya que, al contrario que otros extranjeros que, como los italianos, habían estado bajo la égida de España en siglos anteriores, Wall era irlandés, dentro de una especie de segundo grado de foraneidad: «tengo gran gusto en lo que me dices de Wall lo que me asegura de sus buenas prendas y me templó el sentimiento de que le falte la circunstancia de ser español», Portocarrero a Huéscar, 30 de mayo de 1754, A. Alba, c. 105.

54. Tanucci a Centomani, 6 de agosto de 1763, citado por DANVILA Y COLLADO, M., *Reinado de Carlos III*, 4 vols., Madrid, 1891-94, vol. II, p. 238. Los españoles los «acogen con tanta menor simpatía cuanto más alejados se encuentran de la esfera gubernamental», SARRAILH, J., *La España Ilustrada de la segunda mitad del s. XVIII*, Madrid, 1974, p. 336.

55. Carvajal a Huéscar, 22 de mayo de 1747, OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 196. Wall partió de Montpellier el 25 de mayo y llegó a Génova el 8 de junio.

56. «Su misión era solamente temporal y restringida nada más que a los asuntos de la guerra. Debía cuidar de que se diera debida estimación a los socorros de S.M.C., procurar asistir a los Consejos de Guerra, evitar roces entre las tropas francesas y españolas e informar de todo lo que ocurriera al marqués de la Mina y al Rey Católico», DONOSO NÚÑEZ, G., *Embajada de Ricardo Wall en Londres. Estudio de las relaciones anglo-hispánicas entre 1747 y 1754*, Tesis Doctoral Inédita, U.C.M., Madrid, 1964, p. 55. Véanse las instrucciones de Wall

Notas

en *Orden para que D. Ricardo Wall pase como Ministro a Génova*, 16 de mayo de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

57. Carvajal a Tabuérniga, 27 de diciembre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

58. Tabuérniga a Carvajal, 3 de noviembre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

59. Tabuérniga a Carvajal, 6 de abril de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

60. Jaime Velaz de Medrano, marqués de Tabuérniga, era un conspirador consumado. Noble español, teniente de Guardias españolas, cayó en desgracia en 1731, al rechazar la capacidad de Felipe V para reinar tras haber muerto Luis I y declararse partidario de la sucesión con Fernando VI. Refugiado en Inglaterra en 1738, sus actividades fueron muy peculiares: «In the Leicester House circle he acted as a spy for Newcastle». Partidario de la reconciliación entre España e Inglaterra, fue enviado a Lisboa por Newcastle «as a sort of unofficial colleague» del representante inglés, Keene. LODGE, R., *The private...*, p. 100, n. 1. Llegó a Portugal a mediados de agosto de 1746, un mes antes que Keene (15 de septiembre). Los documentos sobre su misión en A.G.S., *Estado*, 8.116. Citado en OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 14-16. Sin embargo, Keene lo sintió más como un estorbo que como una ayuda, por lo que pronto fue retirado.

61. «Las instancias que yo hice por medio de V.E. para que el rey se dignase enviar aquí (a Londres) una persona de mérito y capacidad, como lo es Mr. Wall, que supiese aprovecharse de alguna ocasión

favorable para salir de nuestro empeño con honor», Tabuérniga a Sotomayor, 10 de octubre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

62. Carvajal a Wall, s. f., A.H.N., *Estado*, 4.166.

63. «He visto a Tabuérniga, antiguo amigo mío, pero como ha diecisiete años que no le trato, temo no haya dado en la flaqueza de ser agradecido y en este supuesto en la conversación que he tenido con él ayer, le dije que el Rey estaba acérrimo en la restitución de Gibraltar (...) no le parece bien esta resolución», Wall a Huéscar, 25 de septiembre de 1747, A.H.N., *Estado*, 4.264. La desconfianza mutua era evidente.

64. Tabuérniga también sabía de sobra el daño que podían hacer las «malas lenguas». Fue excluido por «una calumnia que al declarante le levantaron por la cual se le fue suspendido su viaje a Moscovia con el Duque de Liria el año de setecientos y veinte y siete», *Proceso contra el marqués de Tabuérniga*, diciembre de 1730, A.G.S., *Estado*, 5.899.

65. Tabuérniga a Carvajal, 6 de abril de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

66. Tabuérniga a Carvajal, 6 de abril de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

67. Masones a Huéscar, 28 de agosto de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.142.

68. Wall a Huéscar, 27 de octubre de 1747, A.H.N., *Estado*, 4.264-1.

69. Carvajal a Huéscar, 9 de septiembre de 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 381-382. En nota Ozanam aclara: «Sin duda uno de los protegidos de Ensenada, Salas o Bena». La cursiva es mía

Notas

70. Levantamiento que además fue apoyado por familiares lejanos del propio Ricardo, como D. Patricio Wall. Ver HAYES, R., *Biographical dictionary of Irishmen in France*, Dublín, 1949, pp. 304-305. Tabuérniga llega a mencionar que esa «sospecha hacía tan mal efecto, que aumentada con los avisos de sus conexiones (...) le suponían enemigo de la Inglaterra, mirándole como un emisario peligroso más que como un negociador de paz», Tabuérniga a Carvajal, 3 de noviembre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

71. Instrucción de D. Ricardo Wall, 9 de noviembre de 1747, A.H.N., *Estado*, 4.166.

72. Tabuérniga a Carvajal, Noviembre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913. Carvajal, consciente de lo desmesurado de las acusaciones respondía constantemente del mismo modo: «un poder del rey, que vio en sus manos el duque de Huéscar, no se entrega a persona que vaya a fines torcidos y sospechosos», Carvajal a Tabuérniga, 27 de diciembre de 1747, A.G.S., *Estado*, 6.913.

73. OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 377, n. 2. Huéscar tenía una visión particular del porqué de estas acusaciones: «Wall es cosa muy buena y lo será en todas partes. Bien se arguye lo que es en lo que se oponen los ingleses a su mansión en Londres; yo creo que ellos y los franceses sienten que tengamos allí quien nos dé avisos», Huéscar a Carvajal, 4 de septiembre de 1748, *Ibidem*, p. 378.

74. Carvajal a Huéscar, 4 de marzo de 1748. *Ibidem*, p. 297. En la nota 2, Ozanam añade: «Carvajal estaba convencido que Francia mantenía en Londres a un emisario secreto (despacho de Huescar del 24 de enero de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.061). Según una carta del rey

de Prusia, el aludido emisario era el abate Aunillon, antiguo ministro de Francia en Colonia».

75. El ministro francés se alarma ante la posibilidad de que España acabe firmando unilateralmente la paz: Puyzieulx a Vauréal, 16 de enero de 1748, Archives du Ministère des Affaires Etrangères, París (A.E. París), *Correspondance politique, Espagne*, t. 497, fol. 95. De hecho llega a espetarle a Masones que «eso (la estancia de Wall) tendría traza de una separación con la Francia (en la negociación)», Masones a Huéscar, 16 de febrero de 1748, A. Alba, c. 276. Todo ello citado en OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 34-35. Huéscar cree que esa desconfianza ha sido conscientemente alimentada desde Viena: «Quizás esto dimana de algún aviso de la Corte de Viena comunicado tal vez a este fin con artificio de resulta de haber la Inglaterra dado cuenta a sus aliados de la misma negociación», Huéscar a Wall, 7 de enero de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.264.

76. Wall a Tabuérniga, 9 de febrero de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.264.

77. «La tienda no está muy proveída de mercaderías», Carvajal a Huéscar, 14 de enero de 1747; «Apenas hay de quien echar mano y si se quiere probar uno de esfera, lo estorban. ¿Cómo los ha de haber?», Carvajal a Huéscar, 13 de diciembre de 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 124 y p. 417.

78. Huéscar a Carvajal, 11 de julio 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, pp. 347-349. «Cosme», «Dragón» y «Lemán» fueron algunos de los apodos con que mencionan a Wall en su correspondencia.

Notas

79. Carvajal a Huéscar, 30 de octubre de 1747 y 2 de octubre de 1748, *Ibidem*, p. 240 y p. 392.

80. Wall a Huéscar, 2 de febrero, de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.264.

81. Tabuérniga a Carvajal, 18 de septiembre de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913. Agradece el permiso concedido por el rey para su regreso a España. El propio Wall, consciente de la situación y de las envidias del marqués, había contribuido en buena parte a acelerar su repatriación: «Se envía la licencia, como verás, a Tabuérniga, que ya no parece que hay motivo de dilatársela y hace fuerza lo que dice Wall que puede embarazar allí a cualquiera, Hábil es, pero caviloso demasiado. Si ahí lo creen misterio, tanto que mejor» Carvajal a Huéscar, 18 de agosto de 1748, OZANAM, D., *La diplomacia...*, p. 374. Tabuérniga sólo obtuvo a su regreso una pensión equivalente a la que disfrutaba en el exilio por parte del Príncipe de Gales. Murió en 1753.

82. Carvajal a Huéscar, 25 de noviembre de 1748, *Ibidem*, p. 410.

83. Wall a Ensenada, 13 de agosto de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.277-2. Citado en GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *El proyecto...*, p. 89.

84. GONZALEZ DE AMEZUA, A., *Un modelo de estadistas. El marqués de la Ensenada*, Madrid, 1917, p. 53.

85. Keene a Castres, 29 de abril de 1750, LODGE, R., *The private...*, p. 226.

86. Carvajal a Wall, 16 de julio de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.267-1.

87. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, Madrid, 2001, p. 95.

88. COXE, G., *España bajo...*, vol. III, p. 376.

- 89.** Ver GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., «El duque de Duras y el fin del ministerio Ensenada (1752-1754)» en *Hispania*, 201, 1999, pp. 217-249.
- 90.** GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, p. 117.
- 91.** No sabemos si se refería a Ensenada al mencionar a esos supuestos «súbditos ilustrados». Lo que es evidente es su opinión con respecto a Wall. Duras a Rouillé, 4 de agosto de 1755, COXE, G., *España bajo...*, vol. III, pp. 429-430.
- 92.** Citado en OZANAM, D., «La política exterior...», vol. XXIX-I, p. 682.
- 93.** Ossun a Choiseul, 7 de diciembre de 1759, A.E. París, *Correspondance politique, Espagne*, t. 526. Ossun llega a decir que Wall le dicta sus despachos a Bristol. Ossun a Choiseul, 15 de diciembre de 1760, A.E. París, *Correspondance politique, Espagne*, t. 530. Ambos citados en ROUSSEAU, F., *Règne de Charles III d'Espagne (1759-1788)*, 2 vols., París, 1907, vol. I, p. 36 y p. 37.
- 94.** NOAILLES, A. M., duque de, «Memoires politiques et militaires pour servir à l'histoire de Louis XIV et de Louis XV» en *Collection de memoires de Petitot*, seconde serie, vols. 71 al 74, París, 1820-29, vol. 74, p. 47. Recuérdese que Noailles era un buen conocedor de la corte española, en la que había residido como enviado extraordinario.
- 95.** *Recueil des instructions...*, *Espagne*, vol. XII bis, p. 258 y p. 308.
- 96.** GUTIERREZ DE LOS RIOS, C. (conde de Fernán Núñez), *Vida de Carlos III*, Madrid, 1988 (1898), p. 186.
- 97.** BOUVIER, R. y SOLDEVILLA, C., *Ensenada et son temps. Le redressement de l'Espagne au XVIII siècle*, París, 1941, p. 110.

Notas

- 98.** BEDARIDA, H., *Les premiers Bourbons de Parme et L'Espagne (1731-1802)*, París, 1969 (1929), p. 49. En similares términos ROUSSEAU, F., *Règne de Charles III...*, vol. I, pp. 46-47.
- 99.** Wall a Keene, 24 de febrero de 1739, LODGE, R., *The private...*, p. 12.
- 100.** Wall a Keene, 11 de agosto de 1749, *Ibidem*, p. 24.
- 101.** Wall a Keene, 30 de octubre de 1752, *Ibidem*, p. 32.
- 102.** Keene a Castres, 17 de marzo de 1755, *Ibidem*, p. 398.
- 103.** GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, p. 12.
- 104.** COXE, G., *España bajo...*, vol. III, p. 377. Lodge es más neutral, aunque destaca que «unlike most of Irish exiles, he had no antipathy to England», LODGE, R., *The private...*, p. 119.
- 105.** PETRIE, C., *King Charles III of Spain*, Londres, 1971, p. 77 y PETRIE, C., «Estudio de las relaciones angloespañolas: Fernando VI y Sir Benjamin Keene» en *Estudios Americanos*, 84-85, 1958, p. 116.
- 106.** LYNCH, *El Siglo XVIII*, Barcelona, 1991, p. 165.
- 107.** TAYLOR, W. S. y PRINGLE, J. H. (ed.), *Correspondence of William Pitt, Earl of Chatham*, 4 vols, Londres, 1838-40, vol. I., 372-373. Cosne «had retired to his bed» en el verano de 1759 de modo que dejó a Bristol el camino libre para lograr su retirada de la corte madrileña (abril de 1760) y el nombramiento como secretario de la embajada de su propio secretario privado, Ralph Woodford, citado en HORN, D. B., *The British Diplomatic Service (1689-1789)*, Oxford, 1961, pp. 159-160.

108. Palabras puestas en boca de Wall por Keene, despacho Keene a Pitt, 26 de septiembre de 1757, COXE, G., *España bajo...*, vol. III, p. 460.

109. «El afecto a los ingleses de que se ha acusado a Wall, lo ha vuelto tan tímido que se lamenta él mismo, no lo dudo de semejante falta de energía», *Ibidem*, p. 446.

110. *Ibidem*, pp. 447-448.

111. Defecto del que pecan tanto Ferrer del Río como Danvila y Collado, así como la obra que ambos manejaron para sus elogios a Carlos III, la de Gutiérrez de los Ríos. Ver GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, C. (conde de Fernán Núñez), *Vida...*, 1988 (1898); DANVILA Y COLLADO, M., *Reinado de Carlos III*, Madrid, 1891-94 y FERRER DEL RÍO, A., *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1988 (1856).

112. RODRIGUEZ VILLA, A. D., *Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Ensayo biográfico*, Madrid, 1878, p. 181.

113. CANTILLO, A., *Tratados...*, p. 411.

114. GARCÍA RIVES, A., *Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza (1748-1759). Apuntes sobre su reinado*, Madrid, 1917, p. 51.

115. Testimonio perteneciente al Padre Luengo, jesuita amigo de Ensenada, recogido en EGUIA RUIZ, S.J., P.C., *El Marqués de la Ensenada, según un confidente*, Madrid, 1922, p. 63

116. FERNADEZ ALMAGRO, M., «Política naval de la España Moderna y Contemporánea» en *Revista de Estudios Políticos*, I, 1941, nº 4, p. 674.

Notas

- 117.** DOMINGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el s. XVIII español*, Barcelona, 1976, p. 301.
- 118.** CASTRO, C. de, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, 1996, p. 50.
- 119.** BADORREY MARTIN, B., *Los Orígenes del Ministerio...*, pp. 102-103.
- 120.** *Ibidem*, p. 107.
- 121.** KUETHE, A. J., «El fin del monopolio: los Borbones y el consulado andaluz», en VILA VILAR, E. y KUETHE, A. J. (eds.), *Relaciones de Poder y Comercio Colonial*, Sevilla, 1999, p. 52.
- 122.** PEREZ BUSTAMANTE, C., «El reinado de Fernando VI en el reformismo español del s. XVIII» en *Revista de la Universidad Complutense de Madrid*, 3, 1959, p. 511. Ferrer Benimeli ya se encargó de desmontar este tópico: «la imagen que nos ha querido dar cierta literatura decimonónica e incluso más reciente al presentarnos un Carlos III (...) que anduvo siempre rodeado de ministros masones. Aspecto este que, por poco que se conozca el s. XVIII español y la forma de ser tanto de Carlos III como de sus ministros resulta todavía más incomprensible e insostenible (...) Entre los colaboradores masónicos de Carlos III suelen citarse Esquilache, Wall, Campomanes (...) Roda, el duque de Alba y de un modo especial el conde de Aranda», FERRER BENIMELI, J. A., *La masonería española en el s. XVIII*, Madrid, 1974, p. 262.
- 123.** Las expresiones de esta nota han sido nefastas para la posterior interpretación del personaje, que ha sido guiada más por estas palabras, que por el análisis objetivo de toda la trayectoria vital y político

del irlandés: «The thing is done, my dear Keene, by the grace of God, the king, queen and my brave duke. And when you will read this scrape, the Mogol will be five or six leagues of going to Granad. This news will not displease our friends in England. Yours, dear Keene, forever, Dik. At twelve o'clock saturday night», LODGE, R., *The private...*, p. 38.

124. PARCERO TORRE, C. M., *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas en Cuba (1760-1773)*, Valladolid, 1998, pp. 192-193.

125. CANTILLO, A., *Tratados...*, vol. I, p. 477.

126. Wall a Huéscar, 27 de julio de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.264

127. Palabras puestas en boca de Wall por Keene, COXE, G., *España bajo...*, vol. III, pp. 447-448.

128. Wall a Ensenada, 8 de septiembre de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.277-2.

129. Wall a Carvajal, 20 de septiembre de 1753, A.H.N., *Estado*, 4.277-2.

130. Wall a Ensenada, 8 de septiembre de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.277-2.

131. Wall a Carvajal, 3 de junio de 1751, A.G.S., *Estado*, 6.919.

132. De éxito limitado a pesar de las expresiones del irlandés: «ya han salido algunos sujetos del reino pero se están afrontando muchos más y será grande fortuna que lo ejecuten tantos sin ser descubiertos», Wall a Carvajal, 4 de diciembre de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.267. El pensamiento de Wall al respecto era muy evidente: «Nada veo de curioso o de bueno que no quisiera estuviese en España en el mismo

Notas

grado de perfección», Wall a Huéscar, 5 de agosto de 1748, A.H.N., *Estado*, 4.264.

133. Carvajal a Tabuérniga, 17 de junio de 1748, A.G.S., *Estado*, 6.913.

134. COXE, G., *España bajo...*, vol. III, pp. 397-398.

135. Keene a Newcastle, 13 de agosto de 1750, LODGE, R., *The private...*, pp. 244-245.

136. LYNCH, J., *El Siglo...*, p. 173.

137. COXE, G., *España bajo...*, vol. IV, p. 129. Sobre el final del ministerio Wall y su dimisión también se han esparcido notables tópicos que intento aclarar en TELLEZ ALARCIA, D., «Guerra y Regalismo a comienzos del reinado de Carlos III: el final del ministerio Wall», en *Hispania*, 209, 2001, pp. 1.051-1.090.

138. COXE, G., *España bajo...*, vol. IV, p. 129.

139. Algunas consideraciones con respecto a la lucha de Wall contra el ensenadismo en TELLEZ ALARCIA, D., «El caballero D. Ricardo Wall y la conspiración antiensenedista», en DELGADO BARRADO, J. M. y GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L. (coord.), *Ministros de Fernando VI*, Jaén, 2001.

140. OZANAM, D., «La política exterior...», vol. XXIX-I, p. 676.

141. BAS, J. G., *Las reformas del s. XVIII en España e Hispanoamérica*, Córdoba (Argentina), 1966, p. 16.

142. GÓMEZ MOLLEDA, M. D., «El pensamiento de Carvajal...», p. 136.

143. ESPADAS BURGOS, M., «Fernando VI o el reformismo pacifista» en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 3, 1968, pp. 1-12.

144. Al hablar de la caída de Ensenada, Rodríguez Villa encuentra inexplicable la animosidad de Wall contra el marqués, ya que «de muchos años atrás venía incesantemente protegiendo Ensenada. A él debía su ingreso en la carrera diplomática». RODRÍGUEZ VILLA, A., *D. Zenón...*, p. 185.

145. RODRÍGUEZ CASADO, V., *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, Madrid, 1962, p. 87

146. Sirvan dos ejemplos: primero indica que Wall fue nombrado encargado de negocios en Génova «por eficaz recomendación de Ensenada», cuando es sabido que fue Huéscar quien lo recomendó y Carvajal quien lo nombró. Seguidamente atribuye erróneamente a Villarias, influido por Ensenada, la carta en la que Carvajal (su verdadero autor) afirma que «Wall nada será sino es lo que sea su amo...». RODRÍGUEZ VILLA, A., *D. Zenón...*, pp. 185-186.

147. Es muy ilustrativo a este respecto leer el prefacio de la obra de Eguía Ruiz, en la que se indica claramente los intereses de la colección a la que pertenece: «GRANDEZAS ESPAÑOLAS será una colección de libritos esencialmente históricos. Como indica el título en ella tendrá cabida cuanto grande ha producido nuestra querida patria: Reyes, conquistadores, gobernantes, literatos, artistas, santos, hechos gloriosos... Pretendemos con ello difundir la cultura, reanimar el amor patrio y ofrecer a los jóvenes de ambos sexos lectura amena y segura, acomodada en todo a las normas de la moral católica, que al fin el catolicismo ha sido siempre el nervio de nuestra historia», EGUIA

Notas

RUIZ, S.J., P.C., *El Marqués de la Ensenada...*, p. 1. Es evidente que el papel que le toca a Wall en esta obra es el de villano. De ahí las expresiones del autor sobre el «encono de Wall», su «dureza que no ocultaba rencor» y su actitud «mortificante» con el héroe, el Marqués de la Ensenada, (pp. 86-87).

148. Ruvigny de Cosne a Pitt, 24 de abril de 1758, OZANAM, D., «La política exterior...», vol. XXIX-I, p. 689.

149. Aranda a Wall, 18 de abril de 1761, A.G.S., *Estado*, libro 154. La cursiva es mía.

150. Por sus propias expresiones parece que Wall efectivamente sintió un especial afecto por su país de adopción. Sirva como ejemplo la siguiente anécdota, narrada por el duque de Liria «El día 16 (de marzo de 1728) tuve una de las grandes pesadumbres que pudiese tener en Rusia. Se ha visto en el principio de este diario que había llevado conmigo al capitán de dragones D. Ricardo Wall, (...) había partido de España teniendo tercianas y había curado de ellas en el camino. En San Petersburgo había estado muy bueno; pero en Moscú le sobrevino una melancolía tan suma que no salía de su cuarto. En fin, se resolvió a hablarme y me dijo que si no se volvía a España, se moría sin remedio. Me habló con tanta eficacia y ternura que no pude resistir a su deseo y le concedí la licencia de volverse a nuestra España». «Diario del Duque de Liria...», vol. XCIII, pp. 124-125. Más expresivo en sus propias palabras, indica «que debía a la Monarquía de España toda la estimación que se halla en el mundo, y que siempre había estado pronto a sacrificar su vida en pago de sus beneficios (...) si el rey me mandase invadir este reino (Inglaterra) con cien hombres espada

en mano le obedecería prontamente», Wall a Carvajal, 4 de diciembre de 1749, A.H.N., *Estado*, 4.267.

151. PALACIO ATARD, V., *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945, p. 187.

152. Keene a Lord Huntingdon, 16 de septiembre de 1754, LODGE, R., *The private...*, p. 378.

153. Rosenberg a Kaunitz, 7 de agosto de 1763, KLEINMANN, H. O. (ed.), *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III (1759-1788)*, Madrid, 1972, vol. II, p. 340. Citado en ESCUDERO, J. A., *Los Orígenes del Consejo de Ministros. La Junta Suprema de Estado*, Madrid, 1979, vol. I, p. 283.

154. Wall a Portocarrero, 14 de febrero de 1758, PEREYRA, C. y PÉREZ BUSTAMANTE, C., *Correspondencia reservada e inédita del P. Francisco de Rávago, confesor de Fernando VI*, Madrid, s. f., p. 331.

155. Wall a Gamoneda, 3 de marzo de 1759, A.H.N., *Estado, Personas Reales*, 4.821.

156. Wall a Tanucci, 11 de octubre de 1763, A.G.S., *Estado*, 6.094.

157. GIPSON, L. H., «British diplomacy in the light of Anglo-Spanish New World issues, 1750-1757» en *The American Historical Review*, LI, 1946, p. 637.

158. PALACIO ATARD, V., *El Tercer Pacto...*, p. 116.

159. PALACIO ATARD, V., *El Tercer Pacto...*, p. 116.

160. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, pp. 283-284.